BOLSILIBROS BRUGUERA

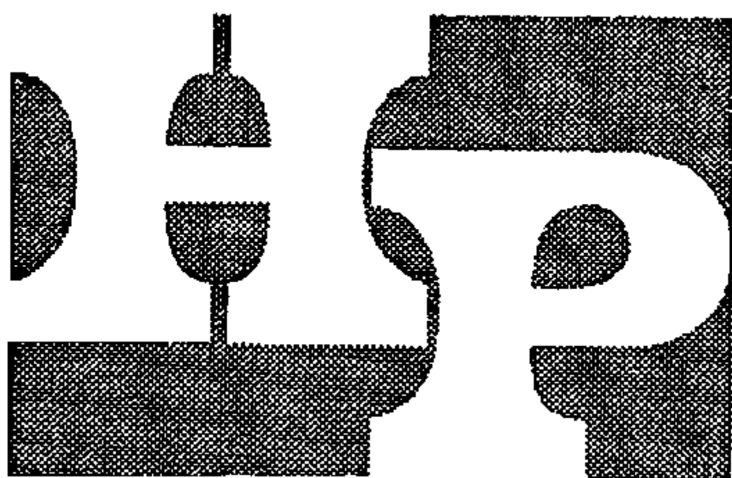
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

EL IMPLACABLE







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL IMPLACABLE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 221
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 153-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edición: marzo, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

PISTOLERO VUELVE A LA LLANURA

El hombre salió de la casa. Sus movimientos eran tranquilos y pausados. Contempló desde el porche el cielo negro que empezaba a cernirse sobre la ciudad. Luego extrajo sus dos revólveres, comprobó que estaban bien engrasados y cargados y que salían rápidamente de las fundas. Hecho esto se dirigió a la más cercana cuadra pública y sacó de allí un hermoso caballo gris, en el que montó sin prisas.

Aquel tipo era joven, tenía los ojos grises, la mandíbula firme y un rostro atractivo, difícil de olvidar. Tenía también una gracia especial para manejar los revólveres; parecía como si los acariciase.

Fue a poca velocidad hacia el *saloon* más concurrido de Tucson, el Sargley. Sabía que allí iba a encontrar a sus tres primeros hombres.

En efecto, allí estaban.

Los vio nada más entrar, mientras empujaba los batientes con el pecho.

Estaban acodados en la barra, charlando y bebiendo mientras bromeaban con unas bailarinas a las que tenían medio abrazadas. Ninguno de ellos se dio cuenta de que la misma muerte acababa de entrar en el *saloon*.

El recién venido salió otra vez, manipuló en la silla de su caballo, que había dejado amarrado a la barra, y volvió de nuevo hacia la puerta del *saloon* llevando entre las manos una soga por estrenar.

Los tres hombres que estaban acodados en la barra seguían sin

darse cuenta de nada. El joven hizo sencillamente…

—¡Chist!

Los tres se volvieron de repente. Cambiaron sus caras en una fracción de segundo, como si ante ellos acabaran de ver un reptil.

—¡Kent Geodfrey!

La mano derecha del recién llegado estaba quieta a la altura de la cadera, mientras con la izquierda balanceaba delicadamente la soga.

—Pensabais que no ibais a verme nunca más, ¿eh?

—Pero ¿estás loco? —barbotó uno de los tres—. ¿Es que no tuviste bastante con lo de aquella noche?

—Yo no tengo nunca bastante, amigos.

Paralizados por el asombro, ninguno de los tres pistoleros se atrevía aún a actuar. Notaron que todo el mundo había despejado la barra y que sólo ellos tres estaban ante el aparecido. Pero les bastó este pensamiento —saber que eran tres contra uno— para recobrar casi inmediatamente la confianza en sí mismos.

—Supongo que no me he equivocado con vuestros nombres —dijo calmosamente Kent—. Vosotros sois tres hienas llamadas Butler, Seik y Johnson.

—¿Es que quieres que grabemos nuestros nombres en tu tumba? —rió Seik.

—Parece que habéis recobrado muy pronto el aplomo.

—Al principio nos ha sorprendido verte aparecer por aquí como un fantasma. Pero ahora nos parece la mar de divertido, muchacho. ¿Quieres que tu cuerpo dé también un paseo a caballo, como ocurrió con el cuerpo de aquella muchacha?

Kent Geodfrey apretó los labios.

—No merecéis ni siquiera que os mate a tiros. He traído esta soga para daros un digno fin. Y me parece mejor empezar por ti, Butler. Eres el de más edad.

Los tres pistoleros se movieron al mismo tiempo.

Llevaban dos revólveres cada uno. En el apretado grupo que formaban, sus brazos chocaron unos con otros mientras intentaban «sacar».

Kent movió sólo su mano derecha, aferrando la culata del revólver y tirando de ella suavemente.

Muy suavemente, igual que si la acariciase.

Hizo seis disparos. Envió aullando a través del aire las seis balas que había en su tambor.

Seis revólveres saltaron hechos astillas de acero antes de que llegaran a salir del todo de sus fundas.

Butler, Seik y Johnson estaban desarmados. Los tres, reaccionando inmediatamente, intentaron lanzarse sobre Kent.

Pero éste había movido ya el lazo, haciéndolo girar hábilmente por encima de su cabeza.

Butler sintió que la soga se ceñía a su cuello antes de que pudiera moverse. Los otros dos fueron rechazados por terribles puntapiés de Kent Geodfrey.

Butler gritó:

—¡Ayudadme! ¡Ayud…!

Fue lo último que dijo. Antes de que lograra pronunciar del todo la frase, el cabo libre de la cuerda que empuñaba Kent había sido pasado por encima de una de las falsas vigas y el cuerpo del pistolero se balanceaba trágicamente.

Sus dos compañeros se incorporaron y echaron a correr desesperadamente hacia la puerta.

Kent lanzó una botella a los pies de Seik. La botella rodó cuando el pistolero le ponía la bota encima. Y Seik rodó también, chocando su cuerpo contra los batientes de la entrada.

Johnson no se preocupó de ayudarle.

Kent Geodfrey cortó la soga de un balazo muy cerca del nudo, hizo otro a gran velocidad y lanzó la cuerda en el preciso momento en que Seik se ponía en pie e intentaba salir por los batientes.

La soga se ciñó a su cuello. El pistolero lanzó un grito de angustia.

Momentos después colgaba justamente en el lugar donde había colgado su amigo.

Kent volvió a cortar la cuerda.

—¿Qué han consumido estos tres amigos? —preguntó al encargado de la barra.

—Por valor de… once dólares.

—Tome.

Kent depositó quince dólares sobre la barra, hizo maquinalmente otro nudo y salió del *saloon*.

Tres balas siluetearon su figura apenas ésta se había recortado

en el marco de la puerta.

Johnson, jadeante, con los ojos dilatados por el horror, disparaba desde el porche frontero con un revólver del que acababa de apoderarse. Kent se dejó caer al suelo e hizo fuego a su vez, tras sacar el revólver izquierdo con un rápido movimiento.

No tiraba a matar, sino únicamente para inutilizar el arma de su enemigo.

Éste empuñaba un «Colt Frontier» demasiado grande. Sintió que la primera bala le rozaba la mano. Intentó correr para doblar la primera esquina. Pero estaba nervioso y tropezó. La segunda bala le pulverizó el tambor de su revólver.

Kent se acercó corriendo hacia el centro de la calle, haciendo girar por encima de su cabeza el largo trozo que aún quedaba de cuerda.

Los ojos de Johnson eran como dos globos negros hinchados por el miedo, por el pánico, por el horror.

—Al menos podías haber intentado morir como un valiente —dijo Kent con desprecio.

Lanzó la cuerda, y el lazo quedó ceñido como un dogal al cuello de Johnson.

Sólo tuvo que tirar un poco.

En el porche donde estaba Johnson había también dos falsas vigas.

De una de ellas quedó colgado el cuerpo del pistolero.

Kent Geodfrey montó tranquilamente en su caballo, lo excitó con dulzura y salió de la ciudad en dirección a la pradera que se extendía hasta las montañas.

Aquella misma noche recibieron sepultura los tres ahorcados y ya sólo se habló en Tucson de que Kent Geodfrey acababa de iniciar su venganza.

* * *

El hombre llevaba una espesa barba negra. Acababa de volver de California donde había estado «trabajando» a los mineros para que aceptasen su protección pagada, iniciando el sistema que muchos años más tarde harían famoso los *gangsters* de San Francisco. Llevaba los bolsillos llenos de oro. Y estaba dispuesto a gastarlo bien.

Acababa de entrar en el camerino de Suzy Boiley, una bailarina recién llegada a Tucson. La bailarina le sonreía al aceptar su invitación para aquella noche. El hombre sonreía también.

Su barba despedía reflejos metálicos a la luz del quinqué de petróleo.

La puerta se abrió de repente.

El de la barba se volvió, girando sobre la punta de sus pies. Bajo el dintel se recortaba la figura de un hombre joven, de ojos grises, músculos de fiera.

—¡Kent Geodfrey!

—Celebro que hayas vuelto de California —susurró Kent—. Arizona es un buen sitio para morir. ¡«Saca»!

El pistolero llevó su mano derecha a la funda del mismo costado, mientras lanzaba un aullido de rabia. Ese aullido se mezcló con el grito de agonía que tuvo que lanzar al recibir una bala entre los ojos.

Geodfrey miró a la bailarina, se llevó la mano derecha al ala del sombrero y dijo:

—Buenas noches, señorita.

Poco después había vuelto a salir de Tucson.

* * *

Los dos pistoleros acababan de salir a la calle. Ahora su jefe, el vicegobernador Warren, no les permitía exhibirse por las calles y los garitos de Tucson si no era yendo de dos en dos. Tenían que llevar los revólveres siempre dispuestos a disparar a matar en cuanto viesen a Geodfrey.

Los dos pistoleros se llamaban Shark y Loman.

Habían asistido al entierro de sus compañeros pocos días antes. Sabían que ellos no serían perdonados tampoco. Pero sabían también que contaban con la protección de uno de los personajes más importantes de Arizona.

El vicegobernador Warren.

Se encaminaron hacia la oficina del *sheriff*, que estaba en el centro de la calle principal, y pidieron al representante de la ley:

—Entréguenos los pasquines que ya deben estar impresos. Los iremos colocando en los sitios más concurridos de la ciudad. ¡Ah! Y que todos sus alguaciles se dediquen a lo mismo.

—Les da miedo ese Geodfrey, ¿eh?

—Guárdese sus comentarios, *sheriff*.

El de la estrella sacó un montón de pasquines del cajón central de su mesa escritorio. En todos esos pasquines estaba reproducida la imagen de Kent Geodfrey.

—Cinco mil dólares ofrecen por él —musitó—. No es todavía gran cosa. ¿Y pensáis de veras que esto va a servir para algo?

—Al menos es seguro que Tucson se convertirá en una ciudad prohibida para él. No se atreverá a aparecer por aquí en cuanto todo el mundo sepa que puede ganar cinco mil dólares matándolo.

—Está bien; probad…

Les entregó los pasquines y los dos pistoleros salieron nuevamente a la calle. Fueron colocándolos cerca de los *saloons*, en la parada de diligencias y los sitios más concurridos. Observaron que el pasquín despertaba la curiosidad general. Y estaban colocando ya uno de los últimos ejemplares, precisamente en las afueras de Tucson, cuando alguien advirtió a su espalda:

—¿No creéis que queda un poco torcido?

Se volvieron instantáneamente. Lo mismo que habían hecho los tres ahorcados. Lo mismo que el de la reluciente barba negra. Volverse para encontrarse con la muerte cara a cara.

Kent sonreía.

—De veras, ¿no creéis que queda un poco torcido?

Los dos hombres movieron los brazos para sacar sus armas. Fue la última cosa que hicieron en su vida.

Nadie podía competir con aquella diabólica rapidez de Kent Geodfrey. Con aquella felina suavidad de sus movimientos, que daba la sensación de que el revólver brotaba de entre sus dedos.

Cuando los dos hombres lograron empuñar los revólveres, estaban ya muertos.

Dos balas acababan de entrar en sus cabezas, cada una en medio de los ojos. La sangre de uno de ellos manchó el pasquín que estaban colocando.

* * *

—¡No te atreverás, Kent! ¡No te atreverás!

El hombre retrocedía poco a poco, con las manos agarrotadas a la altura de los revólveres.

Y cada paso que el otro daba hacia atrás, lo daba Kent hacia delante.

—¿Dices que no me atreveré, Baldwin?

—Soy el favorito de Warren, su guardaespaldas personal. Si acabas conmigo, Warren no tendrá piedad. ¡Sacará a los hombres de donde sea para exterminarte como a un perro rabioso!

Junto al carromato, detenido en mitad del campo, donde tenía lugar esta escena, una muchacha de unos veintisiete años miraba aterrorizada a los dos hombres.

—La habías encontrado sola, ¿eh? —preguntó Kent mirando a Baldwin—. Habías pensado que nadie iba a defenderla, pobre imbécil… ¿Por qué no te mueves de un vez y sacas tus malditos revólveres?

Baldwin sudaba. Gotas gruesas y frías resbalaban por sus mejillas, que, sin embargo, estaban ardiendo.

—Oye, Kent, yo…

—Ya me estoy arrepintiendo de darte tantas oportunidades. Puedo cansarme de oír tu voz y exterminarte como a una rata. No volveré a repetirlo más, Baldwin. ¡«Saca»!

Baldwin movió los dos brazos, intentó apretar las culatas y de repente vio brotar una llama ante sus ojos.

Sintió un choque en la frente.

Y otro. Y otro…

Después de colocarle tres balas en el centro de la cabeza, Kent se llevó la mano al ala del sombrero, saludó a la aterrorizada muchacha y se alejó en dirección a Tucson.

El vicegobernador Warren estaba sentado ante su mesa, con las facciones desencajadas a causa de la ira.

Frente a él, Charlie, el último de sus pistoleros a sueldo, hacía girar el revólver entre sus manos blancas y finas.

—¿Dices que ha matado también a Baldwin? ¡Eso es imposible! ¡Por todos los infiernos! ¡Es imposible!

—Piense lo que quiera, pero ha matado también a Baldwin.

—Aquel día debimos acabar con él —susurró Warren—. Debimos hacerle pedazos…

—Recuerde que casi lo conseguimos. Aquella paliza a golpes de espuela…

—Fue poco.

Warren se puso en pie, como si se hubiera serenado de repente, y dijo:

—He decidido marchar de Arizona, Charlie. Olvidaré incluso la proximidad de las elecciones. Esto se ha puesto muy feo para mí. Sé que ese hombre me ha dejado vivir hasta el final para que me dé más cuenta de que mi muerte se aproxima, pero es necesario que cuando aseste el golpe yo ya no esté en la ciudad ni en todo el Estado. Tú te encargarás de reclutar nuevos hombres y organizar una tropa para que me proteja cuando yo vuelva a Tucson.

—Eso costará dinero.

—Te dejaré un cheque en blanco contra mi cuenta bancaria. Haz el uso que mejor te plazca de todo ese dinero. Si cuando yo vuelva tengo una buena tropa de pistoleros a mi disposición, no te pediré cuentas.

—¿Y no puede contratarme a mí para esa tropa de pistoleros?

La voz acababa de sonar junto a ellos.

Los dos. —Warren y Charlie— miraron instantáneamente hacia la puerta de cristales de la terraza, que acababa de abrirse. En el umbral, con las manos negligentemente apoyadas en las culatas, estaba Kent Geodfrey.

Warren gritó:

—¡Estás en la casa del gobernador de Arizona! ¡No puedes atreverte a disparar, Kent! ¡No puedes atrev…!

Charlie intentó mover el arma que ya tenía en la mano y eso le resultó fatal. Kent disparó a través de la funda y le vació la cabeza de un solo balazo.

Warren intentó sacar un «Colt» del cajón central de su mesa.

—Anda, empúñalo —sonrió Kent—. Cuanto antes lo tomes, antes mueres.

Lanzando un alarido, Warren empuñó el revólver. Era un buen tirador y no resultaba fácil vencerle. Además, Kent se había confiado demasiado al volver el arma a su funda. Warren levantó el «Colt» y en ese momento las manos de Kent se movieron con diabólica rapidez y los revólveres empezaron a vomitar plomo a través de las fundas.

Once balas.

Kent dirigió una última mirada a los dos cadáveres, guardó bien los revólveres y salió por la misma puerta de la terraza.

Al pisar el umbral estuvo a punto de tropezar con una muchacha. O mejor dicho tropezó con ella. Tanto que sus labios chocaron y estuvieron a punto de besarse los dos.

CAPÍTULO II

UNA BALA POR CABEZA

En la calma del atardecer, el disparo retumbó como un trueno lejano, llenando de ecos el silencioso valle.

El hombre que montaba un cansado caballo negro sintió que la bala rozaba su cabeza, hizo una finta con el cuerpo y se arrojó del caballo por el lado contrario.

Pero en aquel lado debía haber alguien aguardándole también. Un nuevo disparo de rifle restalló a unas quince yardas de distancia.

Era una emboscada.

El jinete rugió:

—¡Cobardes!

Instantáneamente había cambiado de pensamiento. Ahora se daba cuenta de que estaba rodeado y de que su única esperanza era huir, huir a toda la velocidad posible. Intentó saltar de nuevo sobre su caballo, que relinchaba encabritándose entre las rocas.

Dio un brinco y en ese momento una bala le atravesó la pierna izquierda. El caballo cayó también, fulminado por un balazo en la cabeza.

Sus enemigos no le habían dejado ninguna posibilidad.

El hombre sacó el revólver, se agazapó como pudo entre las rocas e hizo fuego mientras se apretaba un pañuelo contra la herida de la pierna.

Uno de sus enemigos, que intentaba cambiar de situación, cayó con el corazón atravesado al moverse de su parapeto.

Pero esto no cambiaba la situación.

Estaba completamente cercado.

Desde el norte, sur, este y oeste, hombres bien armados, provistos de rifles de repetición, disparaban contra él insistentemente. Había matado a uno de ellos, pero no podría acabar con los demás. No le dejarían ni siquiera levantar la cabeza.

Todo consistía en saber cuánto podría resistir hasta que lo matasen.

El hombre —un tipo joven, bien vestido, ni guapo ni feo, pero con las facciones recias y tostadas por el sol— miró hacia el horizonte, hacia la lejana Tucson, soñando en una ayuda que demasiado sabía no iba a llegar nunca.

Los tipos que le habían acorralado debían estar bien seguros de que nadie iba a acudir en su auxilio.

Pero ¿quién iba a tener interés en matarle? ¿Quién, si apenas le conocía nadie en Tucson?

El joven gritó:

—¡Eh! ¡Debéis haber sufrido una confusión…! ¡Seguro que esperabais a otro! ¡Es la primera vez que pongo los pies en esta tierra!

Su voz se perdió por entre el laberinto rocoso que bordeaba el camino hacia Tucson. Las rocas rebrillaban siniestramente bajo el impacto del sol. Nadie contestó y por unos instantes pareció como si sus enemigos se hubiesen evaporado y aquello fuera un auténtico cementerio.

—¡Diablos! —gritó otra vez—. ¡Repito que os habéis equivocado!

Otro de los sitiadores se movió de repente, y el joven lo despachó de un balazo en la mandíbula. El herido lanzó un grito gutural, dio un salto y terminó cayendo al camino polvoriento desde las rocas que lo protegían. Una vez allí quedó tendido, muerto, con las manos aún cubriéndose la cara.

El jefe de los sitiadores debió pensar que la trampa no estaba produciendo tan buenos resultados como esperaba. El tipo a quien tenían abajo, acorralado, era más duro que lo que creían. Fue entonces cuando se decidió a contestar:

—¡No estamos equivocados! ¡Tú eres Jeff Sturmer!

El sitiado lanzó un suspiro de alivio que debió oírse en todos los contornos.

—¡Cuerno! ¡Claro que estáis equivocados! ¡Yo no soy Jeff

Sturmer ni he oído ese nombre jamás! ¡Me llamo Ben Reynols!

—¿Sí? Puede que te crea tu madre. Nosotros no.

Mientras tanto estaban todos atentos aún, con las armas preparadas. El joven gritó:

—Que se acerque uno de vosotros y me contemple bien. Os daréis cuenta de que no tengo nada que ver con el tipo a quien andáis buscando.

—¡No estamos dispuestos a correr ese riesgo!

Una nueva tormenta de disparos se abatió bruscamente sobre las rocas que protegían al sitiado.

A éste empezaban a temblarle los labios sin que pudiera evitarlo. Se daba cuenta de que le matarían, y si siempre es triste morir, lo es mucho más cuando se muere por un error estúpido, por una miserable equivocación. ¡Como fuese tenía que resolver aquello! —¡Saldré!— gritó—. Saldré y tiraré mis revólveres con una sola condición.

—¡Dila!

—¡Salid vosotros también y arrojad igualmente vuestras armas!

—¡Aceptado! ¡Suelta el revólver y sal cuando yo grite «Ahora»!

Una repentina sospecha pasó entonces por la mente del joven.

—¿Cuántos sois?

Hubo un breve silencio.

—Hay dos muertos —le gritaron al fin—. ¡Quedamos cinco!

—Está bien. ¡Aceptado!

Hubo un nuevo silencio, un silencio tan largo que llegó a hacerse angustioso. El sol seguía rebrillando sobre las rocas. Y al fin la misma voz gritó:

—¡Ahora!

El joven se incorporó rápidamente, soltó el revólver y levantó un poco las manos para que todos viesen que no llevaba ninguna otra arma. Frente a él aparecieron tres hombres, que soltaron los rifles y levantaron también las manos. Otros dos fueron apareciendo desconfiadamente por detrás de unas rocas, a derecha e izquierda.

Cinco.

Cinco tipos bien vestidos, llevando todos levita de buen paño y sombrero «Stetson», rifles último modelo y cintos canana adornados con plata.

Reynols pasó revista a sus rostros uno a uno, entre el silencio

agobiante de la tarde. No los había visto jamás.

Cada vez entendía menos aquello.

—¿Quien de vosotros es el jefe? —preguntó.

El más alto de todos, un hombre con los cabellos ligeramente blancos, se señaló a sí mismo con un dedo.

—Yo soy.

—¿Se convencen ahora de su error? ¿Se da cuenta de que yo no tengo nada que ver con Jeff Sturmer?

—Su parecido con él es muy notable.

—¡Acérquense más! ¡Pueden mirarme cuanto quieran!

—Repita su nombre.

—Ben Reynols.

—¿Seguro?

—¡Seguro, diablos!

—¿Ya qué va a Tucson?

—A casarme.

—¿A casarse?

—¿Es que acaso está prohibido por alguna ley?

—No, pero cada vez le creo menos. Dice que va a casarse y no llevaba en su caballo ningún equipaje.

—Mi novia lo tiene todo preparado en Tucson. ¡En el nombre del cielo, les repito que me llamo Ben Reynols! ¡Siento mucho lo de sus dos compañeros que he tenido que matar! Ya han visto… que ha sido en defensa propia. Ustedes me atacaron primero.

—Está bien, muchacho. Acérquese un poco más.

Todos tenían sus armas a cierta distancia, de modo que no había que temer ninguna sorpresa. Ben Reynols se acercó.

El sol seguía rebrillando violentamente sobre las rocas.

Y de repente Ben Reynols vio una sombra.

¡La sombra de un hombre que se levantaba a su espalda! ¡Un hombre armado con un rifle!

¡Aquellos miserables le habían engañado!

¡No eran cinco, sino seis!

¡Él no podía conocer su número exacto puesto que no los había visto cuando empezaron a atacarle! ¡Y uno se había quedado detrás para rematarle a traición! Ben Reynols dio un salto para guarecerse otra vez entre las rocas, o mejor dicho quiso darlo. Pero le falló la pierna herida.

Quedó tendido sobre la roca y todavía dando la espalda a su enemigo.

El que antes se había presentado como jefe, gritó:

—¡Dale, Hastings!

Un disparo de rifle restalló en el silencio. El joven acusó el impacto con un estremecimiento.

Logró sujetar de nuevo el revólver y se volvió haciendo fuego. Pero el dolor le recorría el cuerpo en forma de rabiosos calambres y no pudo apuntar. La bala salió alta.

Situado materialmente encima de él, el del rifle disparó nuevamente.

La bala penetró en el estómago de Ben Reynolds, que lanzó un gemido y tuvo que cerrar los ojos.

Lo demás fue muy sencillo para el grupo de asesinos.

Recuperaron sus armas y tiraron todos a mansalva contra una víctima que ya no se movía.

Los disparos fueron más de quince y duraron un largo minuto.

Cuando cesaron, ya nadie hubiera reconocido a Ben Reynols en aquella figura acribillada a balazos, angustiosamente doblada por el dolor.

Hastings, el que primero había disparado contra él, fue también el primero en acercarse con el rifle todavía humeante entre las manos.

—Seguro, es Reynols.

—Claro, él mismo nos lo dijo.

El que se había presentado como jefe, el tipo de los cabellos semi grises, se acercó también.

—La verdad es que la situación ha tenido gracia —dijo.

—Sí, Larsen. Tuviste una gran idea cuando le dijiste que el tipo a quien buscábamos se llamaba Jeff.

—Este hombre se había parapetado bien —dijo Larsen señalando al muerto—, y después de fallar nuestros primeros disparos habría sido muy difícil acabar con él. Por eso, cuando él gritó que no entendía el porqué de aquella trampa, le dije que buscábamos a un fulano llamado Jeff. De ese modo él tuvo muchísimo interés en demostrarnos que no era Jeff y terminó saliendo al descubierto. Ha sido una delicia matarle.

—También fue muy buena idea lo de engañarle diciendo que

éramos cinco —rió Hastings—. Yo comprendí en seguida y me agazapé buscando una oportunidad. De veras, Larsen, jamás he matado a un tipo con tanta facilidad como a éste.

—Pero nos ha causado dos bajas. Vamos, disponeos a enterrar a los muertos. A este mismo lo sepultáis por ahí, en cualquier sitio. Interesa que no quede ni rastro de la pelea.

—Bien.

Los cinco hombres restantes se despojaron de sus levitas y se pusieron a enterrar a los muertos, empleando azadas de las que ya tenían dispuestas en las sillas de sus caballos, que habían quedado ocultos a menos de un cuarto de milla.

Vistos así, en mangas de camisa, aún tenían menos aspecto de pistoleros que con las levitas puestas. Cualquiera hubiese dicho que eran personas respetables y dignas a juzgar por sus elegantes camisas, sus pecheras adornadas y sus chalecos de seda. La verdad era que a primera vista no se comprendía por qué habían cometido un asesinato así.

Pero ésta no era más que la primera parte del misterio.

Cuando los muertos hubieron sido enterrados, Hastings preguntó:

—Ahora Linda Shelley se quedará sin novio, ¿eh?

—Sí, a menos que venga a desenterrarlo —gruñó Larsen.

Montaron todos en sus caballos y emprendieron el trote en dirección oeste. Cuando llevaban recorrida media milla, Larsen ordenó:

—Preparad otra vez vuestros rifles. Ahora vamos a cazar a Kent Geodfrey.

CAPÍTULO III

EL PISTOLERO

Junto a la puerta de la casa, un elegante edificio blanco de estilo colonial, había un cartel que decía:

ESTA USTED INVITADO

a traernos, vivo o muerto, a

KENT GEODFREY

pistolero profesional que actúa en esta frontera y está reclamado por seis delitos según las leyes de este Estado y tres delitos federales.
Si lo captura recibirá usted DIEZ MIL DÓLARES y podrá asistir en calidad de invitado de honor a la «fiesta de lazo» con que Geodfrey será obsequiado junto al árbol más alto de Tucson. Nota: Aunque nos traiga a Geodfrey muerto, la fiesta se celebrará también.

LA JUNTA DE VECINOS

Debajo de este texto tan prometedor había una fotografía que representaba a un hombre joven, fuerte, de cabellos negros, ojos grises, facciones enérgicas y un atractivo especial que lo haría

inolvidable para cuantas personas lo viesen una sola vez, especialmente mujeres.

El tipo que estaba mirando aquel cartel, y que no era sino el propio Kent Geodfrey, se acarició pensativamente el labio inferior.

Luego sonrió y entró en la casa.

Aquel elegante edificio de tipo colonial no pertenecía a un cualquiera, sino nada menos que al propio gobernador de Arizona.

Kent atravesó el gran vestíbulo, solitario y casi sin muebles, ascendió por unas señoriales escaleras y, una vez en el piso superior, entró en una habitación, la única que estaba amueblada, y que era una acogedora salita.

En esa salita se hallaba una mujer rubia, alta, explosiva, con preciosos ojos azules y todo lo demás que hace falta para acompañarlos.

La mujer se encontraba descuidadamente sentada en una de las butacas. Sonrió al verle entrar.

—Hola, Kent.

—Hola, Sheila.

Al igual que la casa, que era un edificio excepcional, Sheila era una excepcional mujer. Y si la casa pertenecía nada menos que al gobernador de Arizona, Sheila era nada menos que la hija del mismísimo gobernador.

Miró a Kent, entreabrió un poco los labios y le invitó sin palabras a que la besara. Él la besó.

—Creí que no habías venido, Sheila.

—Ya sabes que yo nunca falto a mis citas.

—Pero ésta era más peligrosa. Ahora ya saben que estoy aquí. Me buscan por todas partes, entre Tucson y la frontera. —Ya has visto el cartel abajo, ¿no?

—Sí, es una hermosa bienvenida. Parece que soy el invitado más interesante para una «fiesta de lazo». Algo así como si el día que me colgaran tuviera que ser declarado fiesta nacional en Arizona. Pero ¿por qué tenéis aquí ese pasquín? ¿Hacéis colección de ellos?

—Cosas de mi padre.

—He visto que estáis desmantelando esta casa.

—Sí, ya ha pasado el verano y ahora volvemos a Tucson. En realidad nadie vive ya aquí. Por eso te he citado.

Él estaba en pie ante ella. Sheila se puso también en pie y

temblorosamente le echó los brazos al cuello.

Sheila no temblaba porque aquél fuera el primer beso de su vida, sino porque le gustaba besar así.

Kent, después de unirse los labios, la apartó suavemente.

—Debo darte una noticia importante, Sheila —dijo en voz baja —. Me marcho de Arizona.

—¿Y adónde vas? ¿A California?

—Todo el mundo va a California en esta época, pero yo voy a hacer todo lo contrario. Marcharé en dirección este, a Nuevo México y tal vez a Texas. Necesito emprender una nueva vida.

—Pero ¿qué dices?

—Ya no hago ninguna falta en Arizona. Mi misión ha terminado.

—¡Tu misión! ¡Matar a una manada de personas y convertirse en un fuera de la ley! ¿Es que esas cosas terminan alguna vez, Kent?

Él guardó silencio unos momentos, como si no supiera qué contestar exactamente.

Entonces ella insistió:

—¿Es que esas cosas terminan alguna vez? ¿Dejarás algún día de ser un perseguido?

—Sí, en cuanto me vaya de Arizona.

—¿Y por eso te vas? ¿Es que tienes miedo?

Él la miró. De repente sus ojos, que hasta hace poco eran grises y taladrantes, sonrieron. Sus facciones parecieron sonrojarse ligeramente, curvó los labios y de pronto lanzó una alegre carcajada.

—¿Miedo? No es eso, Sheila. Por el contrario, este país me parece ahora más divertido que nunca. Pero no quiero seguir matando siempre, siempre… Bueno, ¿para qué hablar de eso? Me estableceré en cualquier sitio, lejos de aquí, y cuando recuerde esta época será como el que recuerda un extraño sueño.

—¿Por qué empezó todo, Kent? —susurró ella—. Pocas veces has hablado de eso…

—Es que se trata de una cosa pasada y no me gusta mencionarla.

—Pero ¿por qué empezó…?

—Yo tenía una novia llamada Luz…

—¡Tú siempre has tenido novias, siempre has estado enredado con mujeres distintas! —Silbó furiosamente Sheila, por entre sus labios apretados.

—Luz era… una buena chica —susurró nostálgicamente Kent, con la mirada perdida en un punto imprecisable de la habitación—. De veras, una buena chica… Pero tenía el defecto de ser demasiado hermosa. Warren, el vicegobernador, se fijó en ella con excesiva atención. Hizo que varios de sus pistoleros a sueldo la raptaran una noche.

—Warren también llegó a fijarse en mí —musitó rencorosamente Sheila—. También llegó a fijarse en mí, el muy cerdo… No me extraña que hiciera eso. ¿Y cómo reaccionaste tú?

—Es posible que no hubiera reaccionado de ningún modo si nadie se hubiese atrevido a tocar a Luz. Yo, entonces, aunque no lo creas, también era un buen chico. Había matado a tres hombres en desafío, pero eso no contaba. ¿Y sabes lo que hice? Presentarme en casa de Warren y pedirle que me devolviera a Luz. Una locura, ¿verdad?

—¿Tú hiciste eso?

—Entonces no creía que él fuera tan canalla. Preferí llevar las cosas por el terreno pacífico, salvar lo que pudiera de la dignidad humana de los dos. Y le pedí que me devolviera a Luz. ¿Sabes lo que hizo él?

—Me lo imagino —musitó sordamente Sheila.

—Hizo que sus hombres me recibieran a tiros. Uno de los balazos me alcanzó en la pierna derecha y quedé tendido en tierra. Luego me rodearon todos y se dispusieron a matarme a golpes de espuela. Pero Warren les dijo que después de la paliza me dejaran con un resto de vida porque tenía un castigo mejor para mí.

—¿Y… te golpearon?

—Hasta creer que me habían matado. Luego me arrojaron a un riachuelo y allí pude despabilarme. Cuerno, aquello no fue demasiado divertido. Pude llegar a Tucson a rastras, y debo seguir viviendo al hecho de que el médico me encontrara casualmente por el camino.

—¿Y cuál fue el castigo que Warren te tenía preparado?

Los ojos de Kent, que hasta un momento antes eran risueños, volvieron a ensombrecerse.

—Al día siguiente un caballo trajo a Luz atada a su silla. Luz estaba muerta. Estaba muerta… en horribles condiciones. Había sido ultrajada. Nunca…, nunca podré olvidar aquello.

Sus ojos llamearon como dos chispas, como dos rayos lejanos, pero fue solo un momento.

—¿Qué hiciste luego? —preguntó Sheila, inclinándose un poco hacia él.

—Warren estaba seguro de que nada podría intentar contra todo un vicegobernador del Estado. Aparentemente tenía buena fama, y sus pistoleros se encargaban de eliminar a todos los que pudieran decir algo contra él. Esos pistoleros eran ocho.

—Y con él hacían nueve, ¿no es así? Nueve muertos…

—No creas —sonrió él—; la cosa tardó bastante. Durante un mes y medio no pude levantarme ni empuñar un revólver. Luego salí, monté el mismo caballo en que habían traído a Luz, engrasé y cargué mis armas y empezó una de las funciones de teatro más divertidas que han tenido lugar en Arizona.

—¿Cómo te atreves a llamar a eso función de teatro?

—Porque lo fue. Una comedia de ésas en que los personajes desaparecen muy de prisa… Aquella misma noche tres pistoleros de Warren fueron ahorcados por mi mano en el mismo *saloon* donde estaban bebiendo. A los otros los eliminé en desafíos individuales, disparando siempre entre sus cejas para que no sufrieran demasiado y no fueran a quejarse de mí… Warren quedó el último. ¿Recuerdas que quiso ausentarse de Arizona? Tuvo gracia. Lo cosí a balazos muy poco después en la misma casa de tu padre.

—Fue la misma noche en que nos conocimos… —susurró nostálgicamente Sheila.

—Sí, fue esa misma noche. Pero ¿por qué hablar de eso, Sheila? Si querías conocer una historia tan aburrida como la mía, ahora ya la conoces. Podríamos hablar de algo más alegre en nuestra despedida.

—No comprendo por qué te marchas, Kent. Si pido a mi padre que te conceda el perdón sé que terminaré consiguiéndolo.

—No me gusta gran cosa que me ayuden las mujeres, Sheila, aunque agradezco tu intención.

—Es una intención egoísta. Sé que si te conceden el perdón podremos terminar por casamos algún día.

Él rió alegremente. Parecía como si todos sus recuerdos amargos, como si todas sus anteriores preocupaciones se hubieran disuelto en un instante.

—¿Casarte tú, una verdadera dama, con un pistolero como Kent Geodfrey? ¿Estás loca, muchacha? Aún hay categorías. El día que te cases ya me avisarás para que yo limpie los zapatos a tu marido. No puedo aspirar *a* otra cosa.

—Pero, Kent…, ¿qué dices? ¿Es que de veras vas a marchar así? ¿No te das cuenta de que yo tengo una razón, la razón más poderosa del mundo, para conservarte a mi lado?

—¿Qué razón?

—La de quererte. Desde aquella noche te quiero como jamás quise a nadie en el mundo, como jamás pensé que se pudiera querer. Sí, ya sé que me considerarás una pobre loca. Una muchacha como yo, hija de un gobernador, no debería rebajarse de ese modo. Pero no puedo evitarlo, Kent… Mi amor es algo que está por encima de mi dignidad e incluso por encima de mi vida.

Él se alejó unos pasos hacia la ventana, sin querer mirarla. Una pequeña arruga se había formado en su frente, y sus labios dibujaban una mueca de intranquilidad. Moviendo las manos como si con ello quisiera convencer a la muchacha, susurró:

—Sé que algún día te arrepentirás de estas palabras, Sheila. Tú tienes que aspirar a mucho más, y algún día te causará risa pensar que has podido estar enamorada de un pistolero. Si yo me dejase llevar por tus palabras, por la fiebre de este minuto, terminaría convirtiéndote en la muchacha más desgraciada de Arizona. Y tú no mereces eso.

Sheila sonrió con amargura.

—Me temo que estés pensando en otra cosa completamente distinta, Kent. Tú no me quieres lo suficiente y deseas librarte de mí.

Él la miró. Sus ojos grises, que habían hecho temblar a tantos hombres, la miraron con ternura desde los ondulados cabellos a las pantorrillas que la falda dejaba entrever ahora, al haberse sentado de nuevo la muchacha. ¡Sheila era tan bonita, tan tentadora…! Posiblemente de no ser ella la hija del gobernador del Estado, Kent se habría dejado llevar por la fiebre que siempre le envolvía al verla. Pero ella no era una mujer como las otras. Sheila tenía por lo menos derecho a un hombre que jamás hubiera sido perseguido por la ley. ¡Tenía derecho a un hombre que fuera mucho mejor que Kent Geodfrey!

Kent, dándose cuenta de lo poco que podía ofrecer a una mujer como Sheila, había decidido desde el primer momento no dejarse llevar por aquel amor absurdo e imposible.

Pero ahora se daba cuenta de que no convencería a Sheila con buenas palabras. Necesitaba romper de algún modo aquel extraño lazo que les unía. Necesitaría quizá despreciarla para que ella se diera cuenta de que nada podría haber nunca entre los dos.

Con toda intención movió los labios despectivamente y dijo:

—Creo que tienes razón, Sheila. Es posible que no te quiera lo bastante.

—¿Y lo dices con esa frialdad, con ese cinismo?

—¿Cómo quieres que lo diga? ¿Pretendes que me vista de negro y me deje crecer la barba para decirte que nunca me has interesado?

A pesar de que el corazón le dolía al hablar así, Kent Geodfrey consiguió que su acento pareciera perfectamente normal y hasta un poco despectivo.

—¿Para eso has venido? —preguntó ella poniéndose en pie e irguiendo altivamente su maravillosa figura.

—Si te lo tomas así… Es cierto, he venido para eso.

—Merecerías que te capturaran y te colgasen del árbol más alto de Tucson. ¡Si algún día te atrapan te juro que asistiré en primera fila a la «fiesta del lazo» que te tienen prometida!

—Eres orgullosa, ¿eh? Ahora te ofende que te haya hablado así. ¿Te convences de que eres una auténtica dama, Sheila? Te es imposible soportar una sola palabra desagradable de un pistolero como yo.

Los ojos de Sheila llameaban.

—¡Me has despreciado, Kent! ¡Has despreciado a la hija de un gobernador!

—Desgraciadamente las mujeres sólo me importan como mujeres, Sheila. No me interesa saber de quién son hijas.

—Si has de seguir hablando de ese modo más valdrá que salgas de aquí, Kent Geodfrey —dijo rencorosamente ella, por entre sus labios apretados.

—Eso es lo que trato de hacer, Sheila.

—¡Si vuelves a aparecer por las cercanías de Tucson seré yo la primera en pedir que te cuelguen!

—Si prometes dedicarme una sonrisa, yo mismo me colocaré el lazo, cariño. Sheila escupió.

—¡Farsante!

—Al contrario. Es ahora cuando más sincero soy en mi vida.

—¿Debo pensar entonces que me has estado engañando durante todo este tiempo? Hace casi un mes que nos venimos viendo a solas, que te he prometido amor…

—Ya es hora de que despertemos de ese sueño, Sheila. Repito que mereces un hombre mucho mejor que yo.

—Está bien, ¡márchate! ¡Márchate y no vuelvas jamás a Tucson!

Él fue a alejarse, y entonces la envolvió en una última mirada. ¡Sheila era una mujer tan hermosa, había en ella tanta pasión, tanto deseo de amar…!

Se acercó de nuevo a la muchacha, la estrechó en sus brazos y volvió a besarla.

Ella cerró los ojos como si estuviese viviendo uno de los instantes más completos de su existencia entera.

—Kent… —susurró.

—Merezco tu odio más que tu amor, muchacha. Pensemos los dos en eso.

La soltó y fue hacia la puerta. Antes de llegar a ésta se volvió de nuevo para contemplarla por última vez.

—Kent… —repitió ella.

—Más vale que no hables, muchacha. Más vale que nos recordemos así.

—¿Por qué has mentido antes al decir que no me querías?

Él no contestó. ¿Qué podía decirle? ¿No se lo había dicho todo ya? ¿No le había dicho que sus manos vacías eran indignas de estrechar las de la hija del gobernador de Arizona?

—No sé por qué, pero adivino que no marcharás lejos —susurró ella—. Y por eso te digo que si en cualquier momento necesitas algo no vaciles en acudir a mí.

—Lo haré —dijo él, sin intención de cumplirlo.

—Pediré a mi padre que seas indultado. Lo hará en cuanto conozca los verdaderos móviles de tu actuación.

—No hagas eso, Sheila. No lo admitiría viniendo de una mujer.

Hizo un gesto con la mano, saludando, y dio media vuelta bruscamente para no verla más.

Descendió las lujosas escaleras, salió al porche y de repente se detuvo, oteando el horizonte.

Un grupo de seis jinetes se acercaba a galope a la casa.

Con esa especie de instinto que uno adquiere cuando ha vivido siempre entre el peligro, Kent adivinó que aquellos seis jinetes no venían precisamente a traerle ninguna buena noticia. Aunque ver un grupo armado por aquellas latitudes podía no significar nada, Kent comprendió inmediatamente que los jinetes venían a por él.

Pero ¿cómo habían averiguado que estaba allí? Él no había dicho a nadie que iba a entrevistarse con Sheila en aquella casa.

«Debo haber cometido algún desliz —pensó—. Alguien ha debido verme llegar o dirigirme hacia aquí, y ha dado la noticia a esos tipos».

Buscó con la mirada un lugar desde donde defenderse. No quería encerrarse en la casa para no comprometer a Sheila. Pero ante su mirada la llanura se extendía inhóspita, yerma, lisa como la palma de una mano ensangrentada.

Los seis jinetes estaban ya a cosa de media milla. Si abrigaban intenciones hostiles pronto podrían empezar a disparar.

Extrajo los revólveres, aunque las armas cortas eran casi ineficaces a aquella distancia.

Retumbó en la lejanía un disparo de rifle y la bala pasó aullando junto a su cabeza.

Kent Geodfrey lanzó una maldición. No le molestaba el peligro, pues estaba habituado a él. Pero le repugnaba la idea de tener que defenderse precisamente en casa de Sheila. De repente oyó a su espalda la voz de la muchacha.

—¿Qué sucede, Kent?

—Nada. Parece que unos amigos quieren visitarme Vuelve al interior, Sheila. ¡Y suceda lo que suceda, di a todo el mundo que no me has visto nunca!

—Ven tú también, Kent. No puedes defenderte en otro sitio.

—¡He dicho que te encierres y no vuelvas a acordarte de mí!

—¡Pero esta llanura es lisa como una balsa, Kent! ¡No puedes defenderte en ningún sitio! ¡Te cazarán igual que a una fiera salvaje!

Él no estaba dispuesto a que Sheila corriera más peligros de los que ya había corrido por su culpa. Apretó los dientes, le dio un

empujón, la metió dentro de la casa y cerró la puerta secamente.

Ya era hora, porque los jinetes estaban a una distancia ideal para el disparo con rifle.

No habían hecho puntería hasta aquel instante a causa del movimiento de sus caballos. Ahora se disponían a desmontar.

Kent disparó tres veces, obligándolos a lanzarse a tierra bruscamente. Pero no consiguió hacer puntería a causa de la distancia. Los revólveres sólo le servirían cuando aquellos tipos se hubieran acercado más.

Por el momento no reconoció a ninguno de ellos.

Corrió hacia la llanura, avanzando agazapado y en zigzag para ofrecer el menor blanco posible. Las balas picotearon la tierra a sus pies. Kent sólo tenía un pensamiento: alejarse de la casa todo lo posible.

Pero de repente un rifle crepitó desde una de las ventanas. Los seis tipos que avanzaban disparando se pegaron a tierra otra vez.

Kent lanzó una maldición.

¡Ahora Sheila ya se había comprometido!

Para poder protegerla mejor, ya que la situación acababa de variar completamente, Kent regresó corriendo hacia la casa. Las balas silbaban a su alrededor, pero el modo de avanzar del joven era tan endemoniadamente hábil y rápido que ninguno de sus perseguidores lograba enfilarle un solo segundo en su punto de mira. Logró llegar al porche y una vez allí se tendió en tierra para avanzar a rastras hacia la puerta.

A pesar de los disparos de rifle que se les hacían desde las ventanas, los seis pistoleros siguieron avanzando. Sheila disparaba mal y no había logrado hacer todavía ningún blanco.

—Cuando yo llegue a aquella ventana se os habrá terminado la juerga, amigos —murmuró Kent entre dientes.

Consiguió alcanzar la puerta, disparó contra el picaporte e hizo saltar la cerradura. Luego no tuvo más que empujar. A rastras llegó hasta la ventana que había elegido y una vez allí se incorporó para empezar a hacer fuego.

Sus enemigos, entretanto, se habían situado bien, y Kent comprendió que no conseguiría alcanzarlos mientras no sacasen la cabeza. Hizo fuego tan sólo para irlos conteniendo, mientras esperaba que se lanzasen al asalto para exterminarlos a los seis con

seis rápidos disparos. Sosteniendo un revólver entre las rodillas lo recargó mientras hacía fuego con el otro. Por unos momentos las detonaciones ensordecieron la llanura, igual que si sobre ésta se hubiera desatado una tempestad.

Pero a Kent se le presentaba un grave inconveniente: no conocía bien aquella casa.

Y no se dio cuenta de que tras él, justamente tras él, había otra ventana.

En el marco de esa ventana se recortó silenciosamente la figura de un hombre.

En ese momento Kent estaba menos preparado que nunca para fijarse en lo que ocurría a su espalda. ¡Porque frente a él, entre los que le atacaban, acababa de reconocer a Larsen, uno de los más peligrosos asesinos del Oeste, recién fugado del penal de Santa Fe!

Y Kent se disponía a disparar sobre él cuando en ese momento sintió un golpe sordo, espantoso, en la nuca, y el mundo entero dejó de existir para él.

CAPÍTULO IV

LOS ASESINOS

Cuando recobró el conocimiento, tenía en la boca un espeso sabor a sangre.

Se movió, o al menos intentó moverse. Todos los músculos le pesaban. Sentía su propio cuerpo como una cosa extraña.

Se dio cuenta entonces de que sus manos estaban atadas, aunque sus pies seguían libres. Estaba tumbado de bruces en el suelo, sobre un piso de madera fina que debía ser el del vestíbulo de la casa.

Con gran esfuerzo logró dar media vuelta y encararse con los que le habían atacado.

—¡Vaya! Parece que nuestro amiguito vuelve en sí…

—Estábamos esperando que te recobraras para que vieses el espectáculo.

—Pues no tiene mal aspecto, para ser un asesino… —se burló otra voz.

Kent los miró a todos desde el suelo. Seis tipos bien vestidos, seis hombres a los que no había visto nunca a excepción de uno de ellos, aquel granuja llamado Larsen.

Larsen era el que le miraba con más fijeza.

Había cometido muchos asesinatos hasta que dieron con él. Se había salvado de la horca gracias a los turbios manejos de algunos políticos. ¡Y ahora estaba libre allí, libre como si fuera un hombre honrado!

—Eres un gran tipo, Larsen, y te estoy muy agradecido.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Por haberte molestado en venir desde tan lejos para que yo te

mate.

Los dientes de Larsen rechinaron, movió una pierna e intentó clavar la bota en un flanco de Kent. Pero éste le dio una lección que el otro no olvidaría nunca.

Como tenía las piernas libres, las movió hábilmente, enredando entre ellas la pierna de Larsen. Éste se encontró de repente como colgado en el aire, lanzó un grito ronco y se sintió proyectado contra la pared más cercana, con la que chocó, cayendo luego aparatosamente al suelo.

Kent, entretanto, había girado sobre su espalda, de modo que sus botas miraran hacia Larsen.

Movió ambas piernas, una después de otra, y propinó dos terribles puntapiés consecutivos al rostro de Larsen. La cabeza de éste chocó dos veces contra la pared y dos veces contra las suelas y tacones de su enemigo. El tabique nasal pareció ir a romperse, su cabeza pareció estallar. Cuando, aullando, se retiró a rastras de allí, su rostro se había convertido en una máscara sangrienta.

Los otros estaban como paralizados de estupor ante la rapidez de aquella maniobra.

En sólo un minuto, Kent había demostrado que seguía siendo un enemigo mortal aun llevando las manos atadas.

Pero esto no hizo más que precipitar los acontecimientos.

Uno de los que iban mejor vestidos gritó:

—¡Vamos! ¡Hay que acabar de una vez!

Se separaron, y entonces Kent lanzó un grito de angustia que, sin embargo, pareció al mismo tiempo el rugido de una fiera.

Sheila estaba atada de pies y manos y de pie encima de una silla. A su garganta se ceñía una cuerda que pasaba por encima de una de las falsas vigas del techo. Bastaría que alguien derribara aquella silla, que la moviese tan sólo, para que la muchacha muriera ahorcada.

¡Asesinar de este modo a Sheila, la hija del gobernador de Arizona!

¿Por qué?

A Kent semejante idea, de tan brutal que era, no le cabía en la cabeza.

Y además Sheila le había amado sin pedir nada a cambio, lo había comprometido todo por él.

Aunque para un hombre que está tendido en el suelo es muy difícil ponerse de rodillas sin la ayuda de las manos, Kent era un verdadero atleta y pudo además ayudarse un poco con los dedos. Antes de que aquellos asesinos se dieran cuenta de lo que sucedía, ya estaba de rodillas ante ellos y se disponía a ponerse en pie.

Cuando recobró el conocimiento, los seis hombres le habían tapado la visión no permitiéndole distinguir a Sheila, que estaba tras ellos. Ahora, al apartarse, la veía claramente. Sin duda lo habían hecho a propósito, querían que él fuese testigo del asesinato. Y no sólo eso. Dos hombres se dirigían ya a la silla para volcarla.

Ninguno de los dos llegó a tiempo.

Kent ya no era un hombre, sino una fiera que parecía haber sido arrancada de lo más profundo de la selva.

Corrió hacia uno de los asesinos, le propinó un puntapié al bajo vientre y lo hizo caer aullando de dolor. Luego se lanzó en plancha contra el otro, clavándole la cabeza en el estómago y haciéndole rodar por tierra mientras se estremecía convulsamente.

Kent no tardó ni un segundo en ponerse nuevamente en pie.

Tenía las cuerdas clavadas en la piel y las muñecas llenas de sangre, tanta era la fuerza que hacía para liberarse. Pero no sentía ningún dolor. Sólo un odio brutal, satánico, le devoraba el alma.

Había ya tres enemigos en el suelo, pues Larsen seguía con la cara tapada y estremeciéndose de dolor, mientras la sangre resbalaba por entre sus dedos. Los tres que continuaban en pie se acercaron rápidamente dos hacia Kent, y uno hacia la silla.

Kent hizo una finta extraña, lanzándose contra la pared igual que si quisiera romperse la cabeza en ella. Pero lo que hizo fue apoyar un pie en esa pared, en lugar de la cabeza. Con la finta, completamente inesperada, desorientó a sus tres enemigos. Kent voló entonces contra los que venían hacia él.

De dos puntapiés al bajo vientre los hizo rodar por tierra lanzando grititos que parecían de mujer.

Y aunque el resultado de la pelea sólo podía decantarse a favor de los asesinos, puesto que eran seis contra uno, en este momento pareció como si Kent hubiera de resultar vencedor. Lo increíble pareció a punto de realizarse, puesto que el que iba a derribar la silla resultó también alcanzado con un puntapié al mentón que le hizo caer hacia atrás con la sensación de que la mandíbula se le

había roto en pedazos.

Seis hombres estaban retorciéndose de dolor en el suelo y sólo uno, además con las manos atadas, seguía en pie.

Esta situación increíble se había producido porque ninguno de los seis asesinos había luchado jamás contra una auténtica fiera.

Pero hasta las fieras son acorraladas y terminan por caer.

Cuando Kent se disponía a deshacer con los dientes el nudo que sujetaba el cabo de la soga a una de las argollas de los cortinajes, dos adversarios se arrojaron al mismo tiempo sobre él.

Kent logró volverse y poner una bota sobre el pie izquierdo del primero de ellos, con lo cual logró que éste se estrellara de cabeza contra una de las ventanas, haciéndola astillas y clavándose los cristales hasta lo más profundo de su cara. Pero el otro logró golpear dos veces el mentón del joven y lo hizo caer a tierra.

A partir de aquel momento ya todo estuvo perdido.

Los seis asesinos no quisieron hacer exhibiciones ni burlarse del prisionero. Ahora se lanzaron sobre él con la misma saña que si Kent estuviera libre y dispusiera de un par de revólveres. No le dieron cuartel ni tuvieron piedad. Sus puños, sus botas, se aplastaron sobre el vencido. Kent, con los dientes apretados, lanzando salvajes maldiciones, tuvo que hundir la cabeza y soportar aquella paliza brutal mientras su pensamiento seguía siendo otro solo: ¡Sheila! ¡Sheila! ¡Sheila!

Larsen y otro tipo le sujetaron por detrás para que no pudiera moverse. Otros dos se quedaron como espectadores mientras se restañaban la sangre. Y los dos últimos fueron en dirección a la silla.

Ahora se dio cuenta Kent de que la muchacha tenía los ojos cerrados y no había advertido nada de lo sucedido a su alrededor. Era como si se encontrase ya en otro mundo. Sus labios se movían muy poco a poco, y Kent, el implacable, sintió deseos de llorar.

Sheila estaba rezando.

Kent, mientras escupía su propia sangre, rugió:

—¡Condenados asesinos! ¡Os mataré a todos! ¡Pagaréis cien veces este crimen! ¡Cien veces…!

La voz se convirtió en su garganta en un ronco estertor de fiera moribunda. Kent, entonces, musitó dulcemente, como en una despedida:

—Sheila…

La muchacha abrió un momento los ojos.

—¡Sheila!

Un ronco alarido infrahumano acababa de brotar de la garganta de Kent.

Sheila acababa de cerrar los ojos.

Cualquiera hubiese dicho que había en su rostro una infinita paz.

Y una infinita paz, una calma que anonadaba, se apoderó entonces también del espíritu de Kent Geodfrey.

Pero ésta era la terrible calma de la fiera que en la oscuridad del cubil rumia su venganza.

Larsen y el otro soltaron a Kent. Larsen desenvainó un cuchillo y cortó la soga. El cuerpo de la muchacha cayó blandamente a tierra.

Kent no la miró.

—Asunto concluido —dijo Larsen.

—Por el contrario —susurró Kent, mirándole desde abajo por una siniestra expresión—, el asunto no ha hecho más que empezar…

—¿Es que aún tienes fuerzas para maquinar algo?

—Una vez, y no hace demasiado tiempo de eso, nueve hombres me dieron por muerto. Los nueve eran buenos pistoleros y uno de ellos ocupaba nada menos que el cargo de vicegobernador. Creían estar muy seguros de su vida. Para nada pensaban en un pobre hombre al que habían dejado convertido en un guiñapo. Y un día ese pobre hombre se levantó, engrasó sus revólveres y salió a la calle. ¿Queréis preguntar ahora lo que ha sido de aquellos nueve asesinos? ¿Queréis rezar ante sus tumbas?

Los asesinos se contemplaron un instante, como abrumados por el tono profético de aquella voz.

—Vosotros sois sólo seis… —terminó Kent Geodfrey.

Larsen fue el primero en reaccionar.

—Vamos a liquidarle de una vez. ¿A qué esperar, tanto?

Hastings, el mismo que poco antes había asesinado por la espalda a un hombre llamado Ben Reynols, gruñó:

—Hemos de matarlo a cierta distancia de aquí. Decir que lo sorprendimos cuando acababa de asesinar a Sheila.

—¿Es que pensáis que alguien os crea? —preguntó Kent.

—Somos personas muy solventes y bien consideradas en todo el Estado —dijo Hastings.

—Pues yo no os había visto nunca.

—Nuestro domicilio habitual está en Phoenix, pero necesitamos iniciar en Tucson una campaña para aseguramos votos antes de las próximas elecciones para el Senado y los altos puestos del Gobierno de este Estado.

—¡Qué interesante! —dijo Kent con la expresión del que está tomando las medidas para una tumba.

—Nos creerán —susurró Hastings, mirándole—. Quien ha matado al vicegobernador puede matar a la hija del gobernador. Y además tú no estarás en disposición de contradecimos porque no podrás hablar.

—Todavía no estoy muerto.

—Lo estarás muy pronto. ¡Venga! ¡Arriba con él!

Lo sujetaron entre todos como un fardo y lo sacaron de la casa, doblándolo sobre la silla de un caballo.

—Olvidáis un detalle —dijo Kent con una fría sonrisa—. Ya veis si soy buen chico. ¿Quién creerá que he asesinado a una mujer con estas huellas de haber tenido las manos atadas?

—Si lo que intentas es que te libremos de las cuerdas, más valdrá que vayas pensando en otro truco. Quedarás tan cosido a balazos que nadie se va a fijar en ese detalle.

—¿Y qué interés tiene para vosotros mi muerte? ¿Lo hacéis por la recompensa?

—La recompensa tiene su importancia, amigo, pero lo principal es que así se reforzará mucho nuestro crédito y todas las personas honradas del país estarán de nuestra parte.

—Eso lo mismo puede conseguirse si me entregáis vivo para que me juzguen y me ahorquen.

Aunque Kent tenía la cabeza abajo, hablaba con perfecta claridad. Y pensaba también con más claridad que nunca.

—Si te entregásemos vivo contarías la mar de cosas, hermano. Nos conviene llenarte de plomo antes de llegar a Tucson.

—¿Creéis que voy a hablar? —preguntó Kent con una rara entonación en su voz.

—¿Y por qué no? Sería lo más lógico.

—Si hablara no evitaría por eso que me colgaran. Lo único que

conseguiría es que os colgasen también a vosotros. Y eso no me conviene.

—Cualquiera te entiende… ¿Y por qué no te conviene que nos ahorquen?

—Porque quiero mataros yo, cariños…

Todos se movieron otra vez como lobos asustados. Era increíble lo que les llegaba a impresionar aquel hombre a pesar de estar atado e inmovilizado, a pesar de todo. Sólo al pensar que había matado a nueve hombres y que ellos eran únicamente seis, sentían como un escalofrío en la espalda.

Le golpearon brutalmente con sus puños hasta tener la sensación de que ya no iba a recobrar el conocimiento nunca más.

Pero Kent, aunque de una forma lejana y confusa, aún podía oírles.

—De todos modos, no acabo de comprender qué necesidad había de ahorcar a esa muchacha —gruñó Hastings.

—¿Es que te has vuelto humanitario? ¿Tú, el que matas a los hombres por la espalda?

—No me da pena ver ahorcada a una mujer —replicó ásperamente, como si las anteriores palabras fueran una ofensa para él—. Pero lo considero peligroso. Sheila era la hija del gobernador de Arizona.

—Precisamente por eso —explicó Reg, el más alto y bien vestido de los seis canallas.

—No acabo de entenderte.

—Nosotros supimos por Kelly, ése espía delator que conoce todo lo que ocurre en Tucson, que Kent Geodfrey había salido en dirección a esta casa. Lo que de ningún modo podíamos imaginar era que fuese a encontrarse con una mujer como Sheila. Y en cuanto Sheila vio que Larsen estaba con nosotros, ya no hubo más remedio que matarla.

—¿Qué tengo que ver yo? —Escupió Larsen al oírse mencionar.

—Tú eres un elemento muy valioso —explicó Reg calmosamente —, y te hemos sacado de la cárcel precisamente por eso. Un pistolero implacable como tú siempre hace falta en un grupo como el nuestro. Pero eres demasiado conocido y tu fama de asesino se ha extendido ya por medio Oeste. Si llegamos a capturar a Kent Geodfrey, y Sheila dice luego «Larsen les ayudó», quedamos

desprestigiados para siempre.

—¿Quiere eso decir que no podré presentarme junto a vosotros ni en Tucson ni en Phoenix? —preguntó Larsen, molesto.

—Precisamente. Deberás vivir en las afueras de la población, en el rancho donde está «Ella». Nadie debe verte junto a nosotros, ¿comprendes? ¡Absolutamente nadie!

—Está bien, pero aun así no comprendo que hubiera necesidad de meternos en este lío —siguió diciendo Hastings—. El gobernador hará colgar a los hombres por docenas en cuanto se entere de esto. Y si empieza a fijarse en nosotros…

—Te equivocas. Sucederá todo lo contrario.

—¿En qué te fundas?

—En que el gobernador de Arizona es, a su manera, un sentimental. Estaba loco por su hija.

—Precisamente por eso su deseo de venganza será más terrible.

—No. Ese hombre se derrumbará como una torre de naipes al conocer la noticia. Quedará aplastado y deshecho para toda la vida. Ahorcaría a los culpables si les conociese, pero al no conocerlos tendrá que resignarse a lo inevitable. Y eso significará otra ventaja.

—¿Cuál?

—El gobernador, que es un rival muy directo en las elecciones, retirará su candidatura y renunciará a la lucha. El dolor por la muerte de su hija le habrá aplastado. Puede que no os deis cuenta aún, pero la muerte de Sheila es uno de los golpes más inteligentes que hemos dado en toda nuestra vida. Las cosas inesperadas como ésta son a veces las que mejor resultado producen.

—Comprendo —dijo Hastings frotándose las manos—. Eres inteligente, Reg, y nadie puede discutirte la jefatura de nuestro grupo.

Reg se encogió de hombros.

—Demasiado sabéis que no soy el jefe. Hay alguien por encima de mí, alguien a quien conoceréis en el momento oportuno.

—¿De modo que en vez de matar a seis tendré que matar a siete? —preguntó calmosamente Kent desde la silla del caballo.

—Tiene gracia —rió Reg—. Apenas conserva piel sobre el cuerpo y aún habla de matar.

—Debemos acabar con él o cumplirá su promesa —dijo nerviosamente Butler, otro de los asesinos.

—Pronto le llegará la hora. Y vámonos ya de aquí. Es necesario llegar a Tucson cuanto antes y poner una buena distancia entre nosotros y esta casa.

—Lo que me gustaría saber es por qué no me matáis aquí —preguntó burlonamente Kent—. ¿Es que tenéis miedo?

En aquella serenidad de Kent Geodfrey, aquella serenidad casi increíble, había algo diabólico que hacía temblar los nervios de sus enemigos. Jamás, ¡jamás!, habían encontrado un hombre que después de resistir tantas pruebas, aún hablase así.

Hastings acarició la culata de su revólver.

—¿Termino con él, Reg?

—No te precipites. Ya ha habido demasiados disparos aquí, y temo que se acerque alguien. Una sola detonación más podría atraer gente. Si nos vieran junto a la casa, con Sheila muerta ahí dentro, las explicaciones serían difíciles. En Tucson será otra cosa. Podremos explicar lo que nos dé la gana.

—Muy bien. Lo mataremos a un par de millas de aquí. Eso si no quieres que empleemos el cuchillo…

—Hay que acribillarle, a balazos para que no se note por sus muñecas que ha estado atado durante mucho tiempo.

—Tienes razón. ¿Y qué hacemos con Sheila?

—Dejaremos el cuerpo como está. ¡Ah, olvidaba una cosa! Revuelve todos los cajones que encuentres, Butler. Interesa dar la sensación de que Kent entró a robar, fue sorprendido por la muchacha y la ahorcó tranquilamente. Después de tantos detalles no creo que a nadie se le ocurra una sola duda. Date prisa.

Butler entró nuevamente en la casa y salió cinco minutos después, jadeante, tras haberla recorrido por completo poniendo patas arriba los pocos muebles que pudo encontrar.

—Podemos irnos.

Los seis asesinos montaron en sus caballos, que esperaban apaciblemente junto a la casa. Hastings tuvo que montar detrás de Butler porque nadie se atrevió a ir en el mismo caballo que Kent Geodfrey. Aun estando éste atado de pies y manos temían que intentara alguna cosa.

Pusieron las monturas al trote y cabalgaron en dirección a Tucson. La ciudad estaba a unas cinco millas, y por el camino que seguían debían atravesar una pequeña zona rocosa. Kent pensó que

tendrían decidido matarle allí, puesto que luego se llegaba ya a la vista de la ciudad y no se volvía a presentar ningún otro lugar favorable.

Empezó a meditar un plan. Por desesperada que fuera su situación, tenía que encontrar una salida. Debía hacer algo para que aquellos seis asesinos bajaran antes que él a la tumba.

Pero llegaron a la zona rocosa sin que se le hubiese ocurrido nada. La verdad era que no había podido librarse de sus ligaduras, pese a sus terribles esfuerzos. No le resultaría imposible saltar del caballo, desde luego, y dar saltos intentando huir, pero eso sería tan infantil como querer asustar a aquellos seis desalmados con un tiragomas. Cuando hubiera avanzado un par de yardas le matarían entre risotadas.

Llegaron a la zona rocosa.

Aquello era el fin.

No se veía un alma por los alrededores, no se escuchaba a nadie. Era aquél un sitio ideal para un asesinato.

Reg, que iba el primero, detuvo su montura, y todos le imitaron. Volviéndose hacia Kent, preguntó:

—¿Puedes descender del caballo?

—¿A ti qué te parece, cerdo?

—¡Baja de ahí!

Kent descendió de un salto, estando a punto de caer a causa de sus pies atados.

Los seis desenfundaron sus revólveres a la vez.

—Te desataremos después de matarte, Kent —dijo Reg—. ¡Buen viaje hasta la eternidad!

Iban a apretar los gatillos cuando en aquel momento Butler gritó:

—¡Cuidado, alguien viene!

Todos volvieron la cabeza. Y vieron que, en efecto, dos jinetes avanzaban al trote hacia allí.

—¡Disparad! —Silbó Reg furiosamente—. ¡Disparad antes de que sea demasiado tarde!

CAPÍTULO V

UNA VIDA Y UN REVOLVER

Pero los laberintos rocosos tienen un inconveniente.

Y es que si a uno no lo ven, uno no ve tampoco.

Los dos jinetes que se acercaban a aquel lugar fueron visibles para los seis pistoleros cuando ya estaban materialmente encima.

Y nadie se atrevió a obedecer la orden de Reg cuando se dieron cuenta de que el que llegaba era nada menos que el *sheriff* de Tucson acompañado del primero de sus alguaciles.

No podían matar fríamente a un hombre delante suyo, aunque ese hombre fuera Kent Geodfrey.

El *sheriff*, al verles, convirtió en galope el trote de su caballo y se echó el sombrero hacia atrás, asombrado, al distinguir con más claridad la escena.

—¡Diablos! —Gruñó.

Los seis hombres habían guardado sus revólveres apresuradamente.

—Traemos a Kent Geodfrey —dijo Reg con una estrecha sonrisa en sus labios crispados.

—Ya lo veo. ¿Dónde lo han encontrado?

—En las cercanías de una hermosa casa blanca que hay a dos millas de aquí. No sabemos lo que estaría haciendo por aquellos alrededores.

—Esa casa no puede ser más que la finca de verano del gobernador. ¿No han entrado en ella?

—No, claro que no. ¿Por qué?

—Porque Kent Geodfrey podía estar cometiendo un crimen allí

dentro. No quiero ni pensarlo.

—Es posible —dijo Reg con acento hipócrita—. Salía a toda prisa. ¿Por qué no va usted hacia allí, *sheriff*?

Con el rabillo del ojo todos estaban mirando a Kent. Sabían que éste, aunque no le creyeran, podía acusarles y ponerlos de momento en una situación muy comprometida. Pero, cosa increíble, Kent no había despegado los labios si no era para dibujar en ellos una burlona sonrisa. Ni una sola palabra de acusación salió de su boca. ¿Sería verdad que aquel loco aún pensaba poder matarlos por su propia mano?

—Ya enviaré a Sherman —señaló a su alguacil con un movimiento de cabeza—. Pero ahora dejen que mire bien a Kent Geodfrey. ¡Es increíble! ¿Cómo han podido capturarle?

Mirando asombrados al joven, ni el *sheriff* ni su alguacil se habían dado cuenta de que uno de los del grupo estaba completamente vuelto de espaldas a ellos. Se trataba de Larsen, quien con todos los nervios en tensión hacía los mayores esfuerzos para no ser reconocido.

—¡Yo iré hacia la casa! —gritó de repente sin volver la cabeza.

Y se alejó a galope hasta allí. El *sheriff* no le prestó más atención que a un mosquito, obsesionado como estaba por la presencia de Geodfrey. Todos los restantes miembros del grupo lanzaron un disimulado suspiro de alivio al ver desaparecer a Larsen.

—Supongo que no habrá que cumplir demasiadas formalidades —opinó Hastings—. Quiero decir interrogatorios y todo eso…

—¿Es que creen que este hombre puede decir algo interesante?

—¡Oh, no, claro que no!

—Será colgado inmediatamente —decidió el *sheriff*—. Antes de la medianoche todos podrán ver su cuerpo balancearse al extremo de una cuerda. ¡Ah! Y ustedes podrán cobrar diez mil dólares.

—Eso es lo de menos —exclamó Reg con acento de hombre desprendido—. ¿Vamos, *sheriff*?

—Vamos.

Doblaron otra vez a Kent sobre la silla, sujetándolo sin demasiadas contemplaciones, y emprendieron nuevamente el camino hacia Tucson.

Una hora más tarde entraban en la ciudad, a paso lento para que todo el mundo les viese.

Al distinguir al grupo y reconocer al hombre a quien llevaban doblado sobre la grupa de un caballo, una verdadera multitud les fue siguiendo.

A todo el mundo le parecía imposible que hubiera podido ser capturado Kent Geodfrey.

Y entre los pistoleros profesionales, los tahúres y los granujas de los *saloons*, empezaron a cruzarse salvajes apuestas sobre cuánto duraría en cuanto tirasen de la cuerda.

El *sheriff* dijo al fin:

—Ya va demasiada gente detrás de nosotros. Y en Tucson hay sed de sangre. Si continuamos dos minutos más por esta calle, pronto nos pedirán un linchamiento.

—¿Y qué? —preguntó Reg—. ¿No tiene la gente, derecho a administrar justicia según su propia ley?

Aún creía que de un momento a otro Kent iba a hablar, y deseaba verle muerto cuanto antes.

—Todo a su tiempo —dijo el *sheriff*—. No me gustan los linchamientos en las calles de mi ciudad. Me dieron la estrella para que la justicia se administrara ordenadamente, y no voy a consentir en Tucson ninguna clase de tumulto. ¡Vamos inmediatamente a la cárcel!

Inesperadamente puso su caballo a galope y los demás no tuvieron otro remedio que seguirle. Kent estuvo a punto de caer y tuvo que hacer los más violentos esfuerzos para mantener el equilibrio sobre la silla. Sabía que si llegaba a resbalar de ésta sería aplastado por la multitud enardecida. Porque al ver galopar a los caballos, todos los que iban detrás habían echado a correr también, y muchos se disponían a apoderarse de las monturas que había en los amarraderos para iniciar la persecución.

Un linchamiento no se producía todos los días, y menos de un tipo tan famoso como Geodfrey.

El *sheriff* logró, sin embargo, llegar a la cárcel antes de que les dieran alcance, abrió apresuradamente e hizo entrar a todos con el prisionero. Ordenó además a los guardianes:

—Fuera todos, y tened los rifles bien listos. Al que intente desmandarse me lo reventáis a balazos, ¿entendido?

Cuatro agentes armados con «Winchester» último modelo salieron a la puerta e hicieron varios disparos al aire. La multitud se

enardeció y empezó a arremolinarse.

—¡Kent Geodfrey será colgado dentro de un par de horas! —prometió el *sheriff* a gritos desde la única ventana—. ¡Sólo necesito el permiso del juez para que se cumpla la sentencia! ¡Tened un poco de calma y empezad a reservaros los mejores sitios para el espectáculo!

Aquellas palabras parecieron llenar de sentido común a los brutales habitantes de Tucson de aquel tiempo. Al fin y al cabo sólo se les pedía un poco de paciencia. Y era bien sabido por todos que las ejecuciones bien organizadas resultaban siempre mejor que los linchamientos.

Esto y la actitud decidida de los agentes, que seguían con sus rifles preparados, hizo desistir a la multitud que se dispersó lentamente.

Kent había sido introducido ya en una celda con puerta de madera y sin una sola ventana. Era aquél el lugar más seguro que se conocía en la cárcel de Tucson. El *sheriff* entró también, acompañado de uno de sus alguaciles, y ordenó que se le cortaran las ligaduras.

—Tienes las muñecas desolladas —murmuró contemplando a Kent—. ¿Es que has estado atado mucho tiempo?

—Pche…

—¿Cómo te detuvieron?

—Casualidades. Yo dormía la siesta y ya ve lo que me ocurrió.

—Parece mentira que aún puedas tener ganas de broma, Geodfrey. ¿Sabes lo que te espera?

—Una «fiesta de lazo». Lo decían los carteles. ¿Quiere que me vista de gala, *sheriff*?

—Confieso que no te entiendo. Jamás he conocido a un fulano como tú. Por éstas que no lo he conocido.

Chasqueó los dedos. Notó entonces que Reg y Hastings miraban ansiosamente por el ventanillo de la puerta, que reglamentariamente debía estar abierto mientras el *sheriff* se encontrase en la celda.

—¿Qué les ocurre? —musitó Reg.

—Yo no soy un delator —dijo Kent, con una frase que el *sheriff* no entendió—, pero cumpliré mi promesa de mataros a todos.

—Más vale que reces —dijo el representante de la ley—, si es

que te acuerdas. Voy a disponerlo todo para la ejecución, Geodfrey. ¿Deseas alguna última gracia?

—Sí, *sheriff*. ¡Que le afeiten a usted!

El de la estrella gruñó algo entre dientes, dio media vuelta y cerró de un violento portazo.

Kent quedó solo, con sus pensamientos y sus deseos incontenibles de enviar a seis hombres a la tumba antes de que le colgasen a él.

Fuera, en la calle, se oían a veces rumores y algún que otro grito. La multitud, oliendo la ejecución, iba estacionándose poco a poco por los alrededores.

Kent cerró un momento los ojos y pensó en Sheila. ¡Necesitaba hacer algo para que aquel crimen no quedase impune! ¡Necesitaba hacer algo como fuese!

En ese momento se abrió la puerta.

El hombre que entonces entró en la celda era muy conocido en Tucson, aunque pocas veces se exhibía por las calles de la ciudad. Kent mismo sólo lo había visto cuatro o cinco veces, pese a lo cual le conocía perfectamente. Y se sorprendió de que un hombre tan importante entrara a verle la misma noche de su ejecución.

Porque el visitante era Mike Sommer, uno de los banqueros más importantes del Sudoeste y el hombre que en realidad manejaba todos los resortes de la ciudad valiéndose de su dinero. En sus manos estaban el cargo de *sheriff*, el de juez y algunos otros más importantes. Podía elevar a un hombre o hundirlo en veinticuatro horas. A pesar de esto, Mike Sommer había dado poco que hablar. Sólo se sabía que le gustaban las mujeres y los caballos de pura raza. Nada más.

Kent gruñó:

—Se equivoca usted, Sommer.

—¿Qué quiere decir?

—Que ha debido distraerse al venir aquí. ¿Qué diablos tiene que decir un banquero a un condenado a muerte?

—Chist. No hable tan alto.

—Muy bien, ya bajaré la voz. ¿Viene a ver si necesito un préstamo? Le advierto que a lo mejor no me queda tiempo de devolvérselo…

—Me fastidian las bromas macabras, Geodfrey.

—Y a mí, pero no tengo más remedio que hacerlas. Las bromas de otra clase no pegan en mi situación. Por cierto, ¿cómo le han dejado entrar?

—¿Olvida que, si yo me empeño, el *sheriff* saltará mañana de su puesto? Le interesa mimarme mucho.

—Ah, ya… —Gruñó Kent, sin interés de ninguna clase. ¿Para qué habría venido allí aquel tipo? ¡Si jamás habían hablado hasta entonces…!

Sommer se acercó.

—Quizá le extrañará lo que voy a decirle, Kent. Pero, sobre todo, sea cual sea su reacción, no levante la voz.

—No tema, no soy una mujer histérica.

De todos modos, Sommer se acercó un poco más al joven e inclinó la cabeza hacia él.

Y entonces hizo aquella pregunta increíble:

—¿Quiere usted quedar libre y disponer de un revólver cargado dentro de quince minutos, Geodfrey?

CAPÍTULO VI

¡NITROGLICERINA!

Kent miró asombrado a su extraño visitante, sin creer que aquello pudiera ser cierto.

—¿Se está burlando de mí? —preguntó.

—Todo lo contrario. Jamás he hablado tan seriamente como hoy.

—¿No corre usted algún riesgo al facilitarme la huida?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

Mike Sommer suspiró y dijo luego con expresión decidida:

—Me arriesgo porque deseo que se castigue a esa cuadrilla de asesinos y por… otra razón muy personal.

—Un momento. Llama usted «cuadrilla de asesinos» a los que me han traído aquí. ¿Cómo sabe lo que son? El haberme detenido no es ningún delito, sino al contrario. ¿Por qué les llama asesinos?

—He sabido algunas de las cosas que habían hecho en Phoenix y en otros lugares de Arizona. Además, sé que ellos han ahorcado a Sheila, la hija del gobernador.

—¿Cómo lo sabe? —Silbó Kent por entre sus dientes.

—Uno de los agentes del *sheriff* ha ido a la residencia de verano y ha regresado ya.

—Y ha encontrado a Sheila muerta y todos los muebles despanzurrados, ¿no es así? Pero ¿cómo sabe que no soy yo el autor de ese crimen? Precisamente los que me han traído aquí me acusan de ello.

Sommer rió sin ganas.

—Me han dicho que el cadáver de Sheila no presentaba ningún golpe, y sí cierto desorden en la ropa, como si la hubiesen sujetado muchos hombres a la vez. Y cualquiera sabe que un hombre solo, por fuerte que sea, no puede ahorcar a una mujer si no le da algún golpe. Por otra parte, la expresión de la muchacha no reflejaba desesperación, sino paz, como si se resignara ante lo inevitable. Ante un hombre solo no se habría resignado de ninguna manera. Hubiera luchado hasta el fin.

Kent se daba cuenta de que aquel hombre tenía razón. Todo aquello constituía una prueba en su favor, aunque lo malo era que sólo Sommer sabía apreciarla.

—Naturalmente yo podría repetir todo esto ante el juez —dijo Sommer— e intentar convencerle. Pero ¿de qué servirá? Usted ya estaba condenado a muerte aun sin haber ocurrido lo de Sheila.

—Es cierto.

—Por consiguiente, de nada sirve intentar ahora un procedimiento legal. Pero estoy convencido de que ellos han asesinado a Sheila y no quiero que ese crimen quede sin castigo.

—¿Interviene en ello la razón personal de que me ha hablado antes?

—Sí —dijo Sommer bajando aún más la voz—. A mí me gustaba Sheila. Nunca se lo dije ni ella lo sospechó pero su muerte me ha llenado de odio hacia los hombres que la asesinaron.

Kent desvió la mirada. Era extraño. Los caminos del Destino se habían entrecruzado de una forma que jamás llegó a sospechar. La muerte le había hecho conocer a Sheila y la muerte le hacía conocer ahora a un hombre que en secreto estuvo enamorado de ella. Kent que al principio no había prestado mucha atención a aquel plan, se dio cuenta de que tenía cierta lógica. Un hombre enamorado es capaz de las mayores aventuras incluso de libertar a un condenado a muerte. ¿Será posible que Sommer tuviera suficiente poder en sus manos para sacarle de allí?

—Hay algo que no entiendo —dijo de todos modos—. ¿Qué es?

—Usted tiene dinero. ¿Por qué no contrata a diez o doce pistoleros de los que pululan por Tucson y les ordena que cosan a balazos a esos seis individuos?

—Diez o doce pistoleros no harían el trabajo que hará usted, Geodfrey. Ellos cobrarán para matar, usted vivirá para matar. No es

lo mismo. Allí donde la otros se acobarden usted seguirá adelante. Sé que su revólver no tendrá piedad. Mató a nueve hombres para vengar a una mujer y matará seis más para vengar a otra.

—Tendrán que rellenarme de plomo desde la cabeza a los pies para que yo no les liquide —prometió Geodfrey.

—Cuento entonces con usted. Lo arreglaré todo para que quede en libertad a cambio de la eliminación de esos seis asesinos. No les deje ni hablar. Abráseles con plomo la boca.

—No he pensado en otra cosa desde que les puse el ojo encima.

—Muy bien. Entonces hemos de darnos prisa.

—Tengo más interés que nadie en salir de aquí —dijo Kent—, pero antes quiero que me conteste a otra pregunta.

—Hágala.

—¿Qué persiguen esos individuos?

Sommer rió otra vez y otra vez lo hizo sin ganas, dibujando en sus labios una mueca.

—Uno de ellos tiene que casarse con una mujer.

—¿Casarse con una mujer? ¿Y eso tiene alguna relación con lo que está ocurriendo?

—Sí, aunque usted no pueda imaginarlo ahora.

—¿Quién es la mujer de que me habla?

—Ese grupo de asesinos la denomina sencillamente «Ella».

—Sí; ahora recuerdo que antes de entrar en Tucson dijeron a Larsen que se escondiera en el rancho donde estaba «Ella». Al principio no entendí lo que eso significaba. ¿De modo que tienen en ese rancho a una mujer con la que uno de ellos va a casarse?

—Conozco de eso muy pocos detalles —dijo Sommer—. La verdad es que no puedo darle más informaciones sobre esa mujer. Sé que uno de los seis va a casarse con ella y nada más.

—¿Y ella va a consentir casarse… con cualquiera de los seis?

Kent no se había encontrado ante una situación tan extraordinaria en todos los días de su vida.

—No sé de qué modo lo conseguirán, pero eso es lo que pretenden.

—¿Y no tiene ella nadie que la defienda?

—Se interesa usted mucho por las mujeres desvalidas, Kent. Se nota que tiene alma de caballero. Pero ya le he dicho que ignoro los detalles de este asunto, Me parece que esa mujer tenía un

prometido, un hombre llamado Ben Reynols, que tenía que venir a Tucson para casarse con ella. Pero no ha llegado, y sospecho que no llegará.

—¿Quiere decir que Reg y sus hombres han podido asesinarle? Ahora me parece recordar que oí una turbamunda de disparos lejanos cuando galopaba hacia la finca de verano del gobernador.

Sommer guardó silencio. Kent adivinó que, en realidad, aquel tema interesaba poco a su inesperado salvador. Lo único que él quería era que fuesen castigados los seis asesinos, y en eso estaban de acuerdo los dos.

—Dígame cómo puedo salir de aquí —preguntó Kent.

Sommer introdujo la mano derecha en uno de los bolsillos interiores de su levita y sacó una pequeña botella de forma plana, cerrada cuidadosamente con un tapón de metal.

—¿Qué es esto? —preguntó Kent.

—Nitroglicerina.

—¡Diablos!

—Bastará con que vuelque el camastro para protegerse tras él, lance la botella contra esa pared y abra la boca para que no le reviente la onda expansiva. En la pared se abrirá un hueco suficientemente grande para que pueda salir por él. Luego tendrá que emplear esto.

Le introdujo hábilmente por el hueco de su camisa un revólver «Colt» de fabricación especial, con cañón corto.

—Tiene seis balas. No puedo darle más porque ya llamaría demasiado la atención, pero sé que un tipo como usted encontrará un arsenal en cuanto salga a la calle. De todos modos, si las cosas fuesen mal, recuerde esto: En el tejado de mi Banco, junto al rótulo, habré dejado dos revólveres con sus fundas y sus cintos canana.

—Gracias. Comprendo que nadie, excepto usted, podría haber organizado las cosas con tanta perfección.

—Soy un hombre importante en la ciudad —repitió Sommer— y eso me da más facilidades. Pero tiene que recordar una cosa: Olvide mi nombre en cuanto salga de aquí.

Iba a dirigirse a la puerta, tras la que debía estar esperando el *sheriff*, cuando Kent le detuvo aún.

—Usted también tiene que recordar algo.

—¿Qué es?

—Encargue seis ataúdes, Sommer.

Sommer rió mientras golpeaba la puerta. En su risa hubo algo de brutal, pero también era brutal la mirada de Kent Geodfrey. La mirada de un hombre que se dispone a enviar por las rutas de la eternidad a seis asesinos destrozados a balazos.

La puerta se abrió cuando ya Kent había ocultado el revólver y la botella de nitro. Sommer salió y la celda volvió a quedarse silenciosa. Eran en aquel momento alrededor de las once de la noche.

Si la ejecución estaba señalada para las doce, cada vez habría más gente en torno a la cárcel. No podía perder un minuto.

De modo que Kent tanteó con el pie el punto más débil de la pared que daba a la calle, volcó el camastro para protegerse tras él, en el rincón más lejano, y levantó la botella.

CAPÍTULO VII

UN VERDUGO EN LA CIUDAD

La explosión, ensordecedora, pareció como si le hiciera estallar la cabeza.

El fogonazo le deslumbró. Oyó alaridos y gritos por todas partes y, entre el humo cegador, se lanzó hacia la pared, por entre la que creía vislumbrar un hueco de luz.

La pared, levantada con piedras, había resistido más de lo que esperaba, pero había, en efecto, un pequeño hueco. Kent dio varios golpes con el pie plano a algunas piedras que estaban a punto de caer y logró dejar un espacio suficiente para que pasara su cuerpo.

Debido a la violenta explosión, en la calle se había formado un verdadero caos.

Hombres armados corrían en todas direcciones sin saber exactamente qué había ocurrido. Dos minutos más tarde la fuga de Kent hubiera sido imposible, pero ahora contaba con la ventaja de la sorpresa. Decidido a aprovechar hasta las fracciones de segundo, echó a correr.

Alguien le vio.

—¡Geodfrey se fuga! ¡A él!

—¡Se acerca a aquella casa!

Varios disparos, todavía imprecisos, restallaron en la noche. Kent dobló una esquina y con agilidad simiesca subió al tejado más cercano por la columna de un porche.

La oscuridad de la noche sin luna le protegía. Vio a varios hombres armados correr como locos bajo él, buscándole en vano por los porches de la calle. Varios jinetes empezaron a galopar

locamente en todas direcciones, y durante unos minutos pareció como si en la calle tuviese lugar una batalla.

Por fin, el *sheriff*, más inteligente que aquellas cuadrillas de imbéciles, gritó:

—¡Buscad por los tejados! ¡Tiene que estar en alguno de ellos!

Kent pensó que si rodeaban la manzana ya no podría escapar. De modo que corrió hacia un borde de la casa y saltó justamente encima de un hombre que estaba cargando su rifle.

A causa del impacto rodaron por el suelo los dos.

El tipo aquel lanzó un grito tan horroroso que debieron oírlo hasta los que vivían a cuatro millas de Tucson. Mientras gritaba intentó empuñar un cuchillo, perol Kent lo inmovilizó de un rodillazo al estómago, un doble gancho al mentón y un mazazo en la nuca.

Para esto —ponerse en pie y propinar los golpes— empleó menos de diez segundos.

Luego desabrochó rápidamente los cintos canana del caído y se apoderó de ellos, echando a correr hacia una zona de oscuridad antes de tener tiempo para ceñírselos.

Todo el mundo sabía ahora dónde estaba, y la persecución se iba a convertir en una cacería.

Kent no tuvo más remedio que emplear un procedimiento tanto mejor para el perseguido cuanto más desordenados eran los que le perseguían.

Entró en una cuadra pública y se encontró de manos a boca con el vigilante, que ya salía armado de un rifle a ver lo que ocurría. Kent disparó su izquierda y le alcanzó tras el pabellón de la oreja. El vigilante se tambaleó, mientras un zumbido empezaba a adueñarse de su cráneo. Dos golpes más de Kent, buscando también los puntos del *K. O.*, dejaron al vigilante dormido para más de media hora.

Kent desató a los caballos rápidamente y los asustó haciendo dos disparos al aire. Los animales salieron en tropel, relinchando furiosamente, por la puerta de la cuadra. Uno de los que perseguían a Kent gritó:

—¡Cuidado…!

Todos los que estaban por las inmediaciones se pegaron a los costados de la calle, y algunos tuvieron que arrojarse al suelo. Nadie

pudo darse cuenta de que Kent salía pegado al flanco de uno de los animales.

Todos los caballos se arremolinaron en la calle, levantaron los remos y chocaron unos con otros. Sólo uno de los animales, precisamente el que montaba Kent, siguió una dirección determinada hacia la salida de la ciudad. El *sheriff* se dio cuenta y gruñó:

—¡Diablos! Parece como si a ese caballo lo condujera alguien…

Pero en seguida todos los restantes animales fueron tras el del fugitivo, siguiendo el impulso que obliga a los caballos a ir en manada. El *sheriff* gruñó entonces:

—Bueno, he debido equivocarme. No hay tipo que pueda gobernar un caballo casi desde debajo de su panza… Ese condenado debe estar todavía dentro de la cuadra.

Gritó:

—¡Entremos con cuidado y con las armas preparadas! ¡Que nadie tire si no es necesario!

Pero desde luego no fue necesario tirar.

Porque Kent Geodfrey ya se encontraba galopando en la noche por las rutas inciertas de la llanura.

* * *

Al día siguiente un tipo bien vestido, armado con dos revólveres y provisto de un maletín de piel completamente repleto de efectos personales, entraba en uno de los más elegantes establecimientos de Tucson, compraba una manta de viaje y se encaminaba luego en línea recta hacia la estación de diligencias.

Una vez en la ventanilla donde se expendían los billetes, pidió:

—Un asiento preferente en la primera diligencia que salga para Phoenix.

—En seguida, señor. Pero tendrá que ser la que sale a las diez de la noche.

—¿No hay otra antes?

—Tenemos montado un servicio extraordinario con motivo de las próximas ferias de ganado, señor, pero todas las plazas están ocupadas.

—Muy bien. Me iré a las diez de la noche.

Retiró su billete, pagó y dio media vuelta para encaminarse a

algún lugar donde pasar agradablemente aquellas horas.

Pero al volverse se encontró cara a cara con otro tipo tan bien vestido como él, e igualmente armado.

—¡Reg!

Reg le miraba con una inexpresiva sonrisa.

—¿Es que te largas de la ciudad, Hastings?

—Yo… Bueno, yo venía a preguntar por el precio de los billetes.

—Conoces el precio perfectamente porque todos vinimos desde Phoenix en la diligencia. Además he visto cómo pagabas con un billete, Hastings. ¿Puedo saber qué significa eso?

—Significa que me voy —reconoció Hastings francamente—. Sabes de sobra que Kent Geodfrey no fue hallado anoche en la cuadra ni en ningún otro sitio de la ciudad. Eso sólo puede tener un significado: logró huir.

Y si logró huir volverá para rociamos a todos con plomo. Kent Geodfrey es de los que no perdonan. Ya hay algunos por ahí que le llaman el Implacable.

—¡Bah! ¡Fantasías!

—Todos sabemos que eliminó a nueve hombres en esta misma ciudad, y que los nueve sabían manejar el gatillo.

—¡Caramba, Hastings, qué miedo tienes! ¡Si hasta te tiemblan los labios!

Hastings, ofendido, quiso escabullirse, pero el otro no le dejó:

—¿Ya sabe el jefe que vas a largarte?

—Ni siquiera conozco al jefe. Ya estoy harto de todo este cuento. Sé que hay alguien que nos paga y que cuando tenga el dinero empezará la campaña electoral, pero no conozco su nombre. Y como no le conozco no puedo decirle que me largo. ¡Explícale tú mismo lo que ocurre y le dices de mi parte que se vaya al infierno!

Las facciones de Reg se ensombrecieron.

—Está bien, Hastings, se lo diré. Y ojalá no tengas que arrepentirte de lo que estás haciendo.

Hastings lanzó un gruñido y se escabulló como una liebre asustada. Cinco minutos después se encerró en la habitación de un hotel y estuvo bebiendo sin cesar hasta las nueve y media de la noche.

Hubiera querido emborracharse, pero no lo consiguió. En lugar de eso, al levantarse de la cama donde había estado tumbado, le

sobrevinieron unas violentas arcadas en el estómago y vomitó todo lo que había bebido. Gracias a eso se sintió mejor. Comprobó la carga de sus revólveres y salió a la calle.

Procuró ir por zonas bien iluminadas hasta la estación de diligencias, a fin de evitar sorpresas. Creía ver a Kent Geodfrey en todas las sombras que aparecían en su camino. Vio que la diligencia ya estaba preparada, ocupó su asiento y fingió absorberse en la lectura de un periódico hasta el momento de la partida.

La diligencia, al transportar sólo pasajeros, no llevaba escolta, pero el mayoral y su ayudante iban bien armados. Una vez en la llanura Hastings se sintió más tranquilo.

Atravesaron por entre las colinas rocosas donde el día antes pensaron acribillar a Geodfrey.

Hastings estaba pensando en esto cuando de repente el techo de la diligencia pareció ir a hundirse.

¡Alguien, desde una de las rocas, había saltado limpiamente sobre el techo del carruaje!

El mayoral y su ayudante, sorprendidos, no pudieron echar mano a sus armas.

Inmediatamente dos revólveres les amenazaron.

La diligencia se detuvo con un chirrido de ballestas.

Hastings adivinó inmediatamente que aquello solo podía ser obra de Kent. Lanzó un grito de terror.

Pero no perdió un segundo.

Salió de la diligencia, dando un salto, con el revólver ya preparado. Desde el suelo disparó tres veces, rabiosamente, contra el techo del vehículo.

No había visto más que una sombra cuando de repente sintió que algo muy pesado caía sobre él.

Disparó otra vez, pero sin poder apuntar.

Dos puños se clavaron como garfios en sus cejas, arrancándolas de cuajo. Hastings sintió un dolor insufrible y soltó el revólver para llevarse las manos a la cara.

Kent le castigó entonces el estómago con una rapidísima serie de golpes en corto que hicieron estremecerse de dolor a Hastings. Volvió a bajar la guardia y los puños de Kent, como mazas de hierro, cayeron nuevamente sobre su rostro. Hastings pidió socorro igual que una mujer.

—Quien no tuvo piedad no puede esperarla —gritó Kent.

Su puño derecho se proyectó brutalmente contra la mandíbula de Hastings, que se rompió con un estremecedor ruido de huesos. El asesino cayó junto a la trasera izquierda de la diligencia, clavándose los radios en la espalda. Intentó sacar su otro revólver y Kent se lo arrancó de un puntapié, que hizo volar el arma por los aires.

Ninguno de los ocupantes de la diligencia intervenía en aquel combate que era sólo una cuestión personal entre dos hombres. Si alguno pensó en atacar a Kent para ganarse la recompensa, se arrepintió en seguida al recordar la fama del pistolero.

Hastings boqueó, tragando aire angustiosamente, mientras miraba a su enemigo.

—¿Cómo se llama el rancho donde está Larsen? —preguntó Kent mientras movía los pies como si fuera a dispararlos de un momento a otro contra la cabeza de su enemigo…

—No lo sé…

Un puntapié pareció hacer estallar la cabeza de Hastings contra los radios de la rueda.

—¿Cómo se llama ese rancho?

—Es el… Siete Barras.

—¿Y quién es la mujer que se encuentra en él, junto con ese asesino de Larsen?

Todos los de la diligencia asistían a aquel diálogo sin atreverse a mover un dedo, sobre todo ahora que tenían a Kent de cara.

—Se llama… Linda Shelley.

—¿Con quién de vosotros seis tenía que casarse?

—No… lo sé.

Un nuevo puntapié convirtió la cara de Hastings en una máscara sangrienta.

—¿Con quién?

—¡Repito que no lo sé!

Por una vez parecía sincero el acento de aquel asesino. Y a Kent no le gustaba golpear a un hombre para hacerle hablar. Retrocedió un paso, mientras se mordía los labios, y preguntó:

—¿Es que ella no puede elegir?

—No creo… que se dé cuenta.

—¿Por qué?

Flotaba ahora como una sonrisa burlona en la cara destrozada

de Hastings.

La mano derecha de Hastings se había movido, sacando un largo cuchillo español para lanzar el cual se contorsionó con una rapidez inesperada, proyectándolo contra Kent cuando éste se encontraba más confiado. El joven tuvo el tiempo justo para poner sobre el corazón el antebrazo, en el cual se clavó la tremolante hoja. Kent se la arrancó de un solo golpe, sin hacer caso de la herida, y sopesó el arma en sus manos durante un momento:

—¡Noooo…! —gritó Hastings, dominado por el terror.

Kent clavó el arma en el suelo de un solo golpe y luego lanzó un revólver a su enemigo.

—Ponte en pie.

Hastings se incorporó poco a poco.

—Guarda el revólver en la funda… ¡y en cuanto te atrevas «saca»!

Hastings ni siquiera llegó a guardar el arma. La puso en seguida en dirección de tiro. No le importaba una traición más con tal de vivir… Pero en este momento varias llamaradas parecieron brotar del fondo mismo de sus ojos.

Kent estaba disparando.

Clavó a su enemigo las dos primeras balas en el corazón y luego fue elevando un poco el cañón del revólver hasta alojarle la última en la cabeza.

Hecho esto, sopló en el cañón, guardó el revólver y dijo a los de la diligencia:

—Lo siento, señores…

Nadie pudo detenerle. Instantes después se lo habían tragado las sombras de la noche.

CAPÍTULO VIII

«ELLA»

Kent, una vez muerto Hastings, se arrepintió de no haberle preguntado una cosa más. Cuál era el lugar donde habían asesinado a aquel hombre llamado Ben Reynols que tenía que casarse con la extraña muchacha del rancho Siete Barras.

Pero recordó que antes de ir a la finca de verano donde había de encontrarse con Sheila oyó disparos en una determinada dirección. Precisamente en dirección sureste.

Allí existía una zona rocosa, apta para toda clase de emboscadas, llamada Paso de los Ahorcados.

Y si los disparos habían sonado en aquella dirección, lo más probable era que el asesinato hubiera tenido lugar en dicho paso.

Kent dirigió un caballo hacia allí, llegando cuando las primeras claridades del amanecer se insinuaban en el horizonte.

No había forzado a su caballo porque deseaba llegar allí con luz de día, ya que de otro modo sería inútil buscar las huellas de la emboscada.

No hubiera sabido decir por qué, pero le atraía poderosamente todo cuando se relacionaba con la extraña mujer del rancho Siete Barras.

¿Por qué tenía que casarse precisamente con uno de aquellos seis asesinos?

¿Por qué no podía elegir?

¿Y por qué había sido asesinado su prometido, aquel hombre llamado Ben Reynols?

Kent estaba sumido en todas estas reflexiones cuando en la única

senda practicable del paso encontró huellas de un caballo, y en las cercanías, entre las rocas, cápsulas de numerosas balas de rifle.

Ya había descubierto el lugar de la emboscada.

Luego sólo tuvo que buscar una media hora más para descubrir unas tumbas. No fue tarea agradable quitar la tierra hasta descubrir de nuevo a los muertos pero Kent lo hizo porque necesitaba asegurarse de lo que había ocurrido allí. Y pudo ver que uno de los cadáveres era el de un joven que llevaba ropas de viaje y que presentaba un balazo en la espalda.

No cabía duda. Aquél debía ser Ben Reynols.

Kent volvió a cubrir las sepulturas, hizo unas cruces con ramas y las colocó como señal, cosa que los asesinos no se habían preocupado de hacer.

Luego montó de nuevo en su corcel y fue en busca del rancho Siete Barras.

Lo había oído nombrar tiempo atrás como uno de los más ruinosos de la comarca, pero no sabía exactamente dónde estaba. Fue galopando durante toda la mañana hasta orientarse, compró luego algo de alimento a unos conductores de manada que no le conocían y después de comer, una vez hallada la ruta, fue ya en línea recta hacia el rancho que buscaba.

Éste no se hallaba muy alejado de Tucson. Si Kent hubiese conocido el camino habría podido llegar allí muchos antes.

El rancho Siete Barras consistía en una sucesión de tierras que nadie se molestaba en cultivar. Allí y allá algunos rebaños miserables pacían por su propia cuenta, alimentándose con los hierbajos que crecían en aquella tierra inculta. Unos cuantos caballos en estado semisalvaje trotaban de un sitio a otro sin que en todo lo que la vista podía abarcar se distinguiera un solo hombre que cuidase de ellos.

A pesar de todo aquello, el rancho tenía un aspecto más o menos normal a la luz del atardecer, pero de noche debía parecer algo así como el rancho de los fantasmas.

Kent dejó su caballo oculto en una vaguada del terreno y avanzó a pie entre las tierras del rancho, procurando que nadie le viera. Aunque esa precaución parecía inútil dado que no se distinguía ser viviente por parte alguna. Así llegó a la vista del cuerpo de edificio del rancho.

Éstos consistían en tres casas que debieron haber sido prósperas en otro tiempo, pero que ahora estaban destartaladas y medio ruinosas. Alrededor de ellas tampoco se veía a nadie.

Pero por una de las chimeneas salía humo.

Kent esperó a que anocheciera del todo, y luego, arrastrándose, llegó hasta el edificio principal del rancho, donde se habían encendido unas luces.

Consiguió arrastrarse hasta el porche. Seguía sin verse a nadie por ninguna parte. Encontró una ventana que estaba floja, la abrió en silencio y penetró en la casa.

Se halló en una habitación oscura. Pero por debajo de una de las puertas entraba un hilo de luz.

Kent la abrió. La puerta chirrió suavemente.

Y dentro vio a una mujer.

Aquella mujer estaba sentada en una butaca, y por primera vez en su vida Kent llegó a envidiar a un mueble.

Porque la mujer era morena, una morena de color suave y dulce. Tenía la piel fina y tersa. Tenía los ojos brillantes, soñadores y quietos. Tenía, aun viéndola sentada, una tal cantidad de curvas que al contemplar se hubiera mareado hasta un conductor de diligencias.

Kent no recordaba haber visto jamás a aquella mujer. Y la verdad era que tampoco recordaba haber visto nunca a una mujer tan bonita como ella.

Él venía dispuesto a ayudarla y lo hubiera hecha aunque aquella mujer hubiese sido un monstruo de fealdad. Pero al ser ella tan bonita, ¡tan diabólicamente bonita!, Kent sintió que algo muy poderoso y entrañable nacía dentro de su corazón.

Pero aún le faltaba notar lo más importante.

Se fijó otra vez en que ella tenía unos ojos brillantes, soñadores y quietos.

Unos ojos que estaban vueltos hacia él…, ¡pero que no parecían verle! ¡Aquella mujer estaba ciega!

* * *

Kent oyó el rechinar de sus propios dientes en la calma de la habitación. La mujer levantó un poco más la cabeza.

—¿Quién está ahí?

El joven no se atrevió a responder. Por primera vez en su vida estaba impresionado, sin saber qué hacer, qué pensar…

—¿Quién está ahí? —repitió la mujer.

Kent abrió la puerta, salió y la volvió a cerrar lentamente a su espalda.

La cabeza le daba vueltas, como si estuviera borracho, y sentía los latidos salvajes de su corazón dentro del pecho.

La mujer no le siguió. Quizá debía estar tan extrañada como él mismo. Kent abrió la ventana por la que acababa de entrar y salió nuevamente al porche del edificio.

Todo seguía en silencio. Aparentemente nadie se había dado cuenta de su llegada.

De pronto Kent oyó un sonido lejano, pero que supo reconocer inmediatamente.

¡El sonido de un caballo que se acercaba!

Aguardó, con todos los nervios en tensión, hasta que el caballo se hizo visible. Lo montaba un solo jinete, que descabalgó ante la casa. Kent no pudo reconocerle a causa de la distancia.

Pero sí reconoció al individuo que salió de la fachada principal del rancho para recibirle. ¡El pistolero Larsen!

Larsen salió al encuentro del hombre, le ayudó a desmontar del todo y sujetó al caballo por la brida para llevarlo hasta la casa.

Desde su lugar de observación, en el porche lateral, Kent esperó a que la luz de la fachada diese en el rostro del recién venido.

Los resplandores del farol de petróleo alumbraron entonces su cara. Kent se dio cuenta, con vivísima sorpresa, de que el visitante de Larsen era Bliss, el mejor médico de Tucson.

¿Qué le traía allí? ¿Acaso Larsen se había vuelto compasivo y estaba intentando curar a la muchacha?

Pronto oyó sus voces.

—Es necesario que ella no sospeche nada —decía Larsen—. Tiene que creer que usted la está curando, Bliss. Tiene que pensar que la ayuda a recuperar su vista. Pero en realidad tiene que destrozársela de tal modo que no vea nunca más, ¿entiende? ¡Nunca más!

Los dientes de Kent rechinaron de tal modo a causa de la furia que temió lo hubiesen oído los dos hombres. Tentado estuvo de sacar sus armas, apretar los gatillos y dejarlos rociados con plomo

allí mismo, sin darles ni siquiera una oportunidad para defenderse.

Pero Kent no era de los que matan desde las sombras. Y además, si su odio era terrible, su curiosidad por saber lo que aquellos dos desalmados preparaban lo era también.

Resolvió entrar nuevamente por la ventana mientras los dos hombres lo hacían por la puerta principal de la casa.

Entreabrió ligerísimamente la puerta que antes había utilizado y pudo ver a la muchacha justamente mientras los dos granujas entraban por el otro lado de la habitación.

La muchacha volvió hacia ellos sus ojos sin luz.

—¿Cómo está hoy nuestra amada Linda Shelley? —preguntó el doctor Bliss—. ¿Se siente mejor?

—Parece que… algo mejor.

—¡Muy bien, muy bien! Esto es lo que hace falta —el médico se frotaba las manos—. Hemos de ponerla buena para el día de su boda, ¿eh? ¡Un día feliz que ya se acerca!

—¿No tienen ninguna noticia de mi prometido? —les interrogó suavemente ella.

Kent, que pocas horas antes había desenterrado el cadáver de Ben Reynols, sintió que la saliva se le volvía amarga en la garganta.

—Estará por llegar de un momento a otro —dijo el médico sin concretar—. Bueno, Linda, eche la cabeza hacia atrás y procure tener abiertos los ojos. ¡Vamos a aplicarle unas cuantas gotitas milagrosas más!

La muchacha se sometió dócilmente a la prueba. Con un cuentagotas, Bliss le derramó un poco de un líquido oscuro en cada ojo. La muchacha crispó los dedos, mientras gemía de dolor.

—¡Dios mío! ¡Esto hace mucho daño, doctor Bliss! ¡Mucho daño!

Otra vez Kent estuvo a punto de sacar el revólver y exterminar sin piedad allí mismo a Larsen y a Bliss. ¿Qué estaría haciendo aquel canalla? ¿Abrasarle a la muchacha el fondo de los ojos? ¿Cuántas criminales sesiones como aquélla le habría aplicado ya?

Sólo con un violento esfuerzo de su voluntad logró dominarse Kent. No le convenía precipitarse. Necesitaba averiguarlo todo.

Pero, al parecer, lo más importante había concluido ya. El doctor Bliss guardaba en su maletín la botellita de líquido.

—Volveré mañana, Linda —prometió—. No se mueva de aquí y procure que no le dé la luz. Ah, ¡y agradezca a Larsen lo bien que la

cuida! ¡Éste sí que es un buen hombre!

—Después de abandonarme todos los empleados del rancho, él se ofreció a ayudarme desinteresadamente —dijo Linda—. Le estoy muy agradecida.

—A ver si mañana llega Reynols —dijo Bliss—. La boda se celebrará en seguida, ¿no? Y yo espero estar invitado a ella.

—Claro que sí, doctor. Usted es como un padre para mí.

—Así se habla, muchacha. Y ahora… ¡a descansar! Hasta mañana.

Bliss salió de la habitación en compañía de Larsen. Kent hizo lo mismo por la ventana. Notó que tenía los dedos engarfiados en torno a la culata del revólver.

No le convenía aún matarlos porque necesitaba saber antes lo que se proponían. ¡Pero aquella misma noche otros lo pagarían en su lugar! ¡Hasta que les llegara el turno a Larsen y a Bliss, otros morirían aquella noche bañados en su propia sangre!

—En vez de morir seis tendrán que morir siete —pensó Kent—. Bliss entra también en la rifa.

* * *

El *saloon* denominado *The Sky* —El Cielo— estaba en pleno apogeo cuando Butler entró en él.

Venía bien vestido, como siempre, e incluso esta noche había estrenado un magnífico chaleco de seda blanca. También había estrenado dos revólveres que llevaba bien visibles, uno a cada costado. Esto era una novedad en él, pues Butler casi siempre había usado un revólver de cañón corto en su funda sobaquera, lo cual era mucho más distinguido y elegante.

Butler pasó por el *saloon* sin fijarse en la concurrencia y sin prestar atención ni siquiera a las bailarinas, un par de las cuales le hicieron guiños con los ojos mientras se movían seductoramente con un gran revuelo de faldas.

Muy preocupado tenía que estar Butler para no fijarse en las bailarinas del *The Sky*, pues éstas eran su debilidad.

Pasó por un pequeño patio sumido en penumbra que había en la parte posterior y entró a continuación en una habitación bien iluminada cuya atmósfera estaba cargada por el humo de varios cigarros. Cuatro hombres se sentaban en torno a una mesa, bajo la

lámpara de petróleo, teniendo extendidos ante sí los naipes de una mano de póquer.

Aquellos cuatro hombres eran Reg, Perkins y Sowell, tres de los que había condenado a muerte Kent. Y el cuarto era el doctor Bliss.

—Parece que nos hemos reunido aquí todos los condenados —dijo Butler con expresión taciturna, nada más entrar—. A excepción de Hastings, que ya está muerto, nos hemos reunido aquí todo el grupo.

—¿Por qué dices tantas estupideces? —preguntó Reg.

—Se nota que no habéis visto el cadáver de Hastings. Tenía en su cara tal expresión de miedo que no la olvidaré nunca.

—Hastings era un cobarde —decretó Reg—. Un miserable cobarde. Y además aquí no está Larsen, de modo que también te equivocas en eso. ¡Está arreglado Geodfrey si pretende matarnos a todos!

—Creo que lo mejor sería volver a Phoenix y dejar la partida. Empiezo a dar la razón a Hastings. Esto se ha puesto muy feo.

—El jefe nos pagará una verdadera fortuna a cada uno si resulta elegido para el cargo de gobernador. Los votos ya los tiene seguros en Phoenix y ahora hay que asegurárselos en Tucson. Ése es nuestro trabajo. La gente tiene confianza en nosotros porque capturamos a Kent Geodfrey, aunque luego lograra escapar con la ayuda de alguien a quien no conocemos. Pronto tendremos enormes cantidades de dinero para sobornar a los electores y comprar votos donde haga falta. ¿Tanto miedo te da un solo hombre, a quien además persigue la ciudad entera?

—Pero ese hombre se llama Kent Geodfrey.

—¡Bah!

Butler estuvo un rato mirando cómo jugaban los cuatro reunidos en torno a la mesa. Y debían haber transcurrido unos cinco minutos cuando la puerta se abrió y entró sinuosamente una de las bailarinas que antes le habían guiñado el ojo al pasar.

La muchacha iba «en traje de faena», y dio despreocupadamente una rápida vuelta sobre sus altísimos tacones para atraer más la atención de todos con el giro de su falda.

Los cinco hombres la miraron.

—No me has hecho caso hoy, cariño —dijo mirando a Butler, mimosamente.

—Tengo otras ocupaciones.

—¿Más importantes que yo?

—Será mejor que te largues.

Ella obedeció, dirigiéndose a la puerta, pero antes de salir dijo:

—No vuelvo a actuar hasta dentro de una hora. Y estaré en mi camerino, cariño…, por si te acuerdas de mí.

Butler se encogió de hombros, tragando saliva. Aquella mujer le impresionaba, diablos. Para él era la más bonita de Tucson. Aguardó unos cinco minutos para que no pensaran mal de él y luego salió en dirección al camerino de la artista.

No había cruzado aún ni la mitad del oscuro patio cuando una voz metálica le ordenó:

—Quieto, amigo. No tan aprisa.

Butler intentó echar mano a sus armas, pero distinguió a unos pasos de él el brillo delator de un «Colt» y detuvo su movimiento, estremeciéndose.

—¿Es… Geodfrey?

—¡Qué inteligente eres, Butler!

—No cometa la tontería de matarme. Puedo arreglar las cosas para que nadie le vuelva a perseguir en Tucson. Le daré cuantas informaciones desee. ¡Tenderé una trampa a todos los demás con tal de que me conserve la vida!

—¿Sabes lo que pienso, Butler? Me das asco.

—Nada ganará matándome, Kent. Piénselo bien. Vivo le puedo resultar útil. En cambio si me mata…

—Si te mato resultarás útil a todos tus semejantes, amigo, porque dejarás de estorbarles. Pero antes de que me decida vas a contestar a unas cuantas preguntas.

Lo que quiera… Lo que quiera…

—¿Desde cuándo está ciega esa muchacha llamada Linda Shelley?

—Creo que desde hace seis o siete años. No lo sé exactamente porque yo hace poco que llegué de Phoenix.

—¿No la había tratado ningún médico?

—Sí, el que estaba aquí antes de que llegara Bliss pero fracasó. Además ella no tenía mucho dinero para gastar en potingues porque estaba sola y el rancho iba de mal en peor.

—¿Qué es lo que pretendéis con la ayuda de Bliss?

—Dejarla… más ciega que nunca, a fin de que no pueda reconocer ni remotamente al hombre con quien se va a casar.

—Ella creerá que se casa con Ben Reynols, ¿no?

—Así es.

—¿Cómo es posible esa confusión? ¿Hace mucho tiempo que no se han visto?

—Desde antes de quedar ciega. Reynols se ganaba la vida en San Luis y no había vuelto a venir a Tucson Con sólo el tacto de sus dedos será imposible que le reconozca.

—¿Y con quién ha de casarse?

—Eso no lo sé aún.

Kent se mordió el labio inferior. Las preguntas y respuestas se sucedían muy rápidamente y en voz baja, de modo que nadie podía oírles. Pero aun así Kent no se descuidaba un solo segundo. Dijo:

—Hastings tampoco sabía con quién iba a casarse ella. ¿Qué clase de misterio es ése? Si la boda ha de celebrarse pronto, ¿cómo es que no sabéis todavía quién ha de ser el novio?

—Le juro que no lo sabemos. Aunque es de suponer que el que se case con ella ha de ser el jefe.

—¿Quién es el jefe?

—Tampoco lo sé.

Kent alzó el martillo y se oyó un *clic* muy suave en el silencio del patio.

—¡Le juro que no lo sé!

—¿Quién lo sabe?

—Tal vez el mismo Reg…

—Hablaré con Reg más adelante.

—Si quiere puedo atraerlo hasta aquí con un engaño. Puedo…

—¡Calla o te mato aquí mismo!

Butler calló. Ahora era como una cosa deshinchada, fofa. Todos los restos de su valor habían desaparecido por completo.

—¿Cómo habéis logrado que esa muchacha quedara sola en el rancho, únicamente al cuidado de Larsen?

—Su rancho iba de mal en peor, ya lo he dicho. Una mujer sola no puede gobernar una hacienda de esa clase. Los peones la abandonaban, y cuando llegamos nosotros… implantamos el terror entre los que quedaban para que se fueran cuanto antes. Bastó ahorcar a un par de ellos para que los demás huyeran igual que

liebres.

—¿Cuál es la maniobra que intenta vuestro jefe?

—Ser elegido gobernador en las próximas elecciones. Nosotros somos su grupo de acción. Le hemos preparado los votos necesarios en Phoenix eliminando a casi todos sus rivales. Ahora estamos haciendo lo mismo en Tucson. Y además sé que aquí va a conseguirse una enorme cantidad de dinero.

—¿Cómo? ¿Asaltando el Banco de Sommer?

Buttler lanzó una risita nerviosa, al ver que el otro no le mataba había recuperado su confianza.

—Nada de asaltos a Bancos. Aunque ignoro los detalles sé que esa muchacha, Linda Shelley, está relacionada con el dinero que pensamos conseguir.

—¿De qué modo?

—Ya he dicho que ignoro los detalles.

Sus ojillos de ratón habían ido siguiendo pulgada a pulgada cada movimiento de Kent. Y ahora se dio cuenta Butler de que el joven estaba sumido en un mar de cavilaciones y había dejado de prestar atención a su revólver. ¡Aquél era su momento! Lanzó un grito que fue como el chillido de una rata asustada, y «sacó» sus dos revólveres a la vez.

Disparó, mientras se dejaba caer al suelo. Y estuvo a punto de ser más rápido que Kent por una fracción de segundo.

Pero cuando Butler hizo fuego, Kent había disparado ya.

Su proyectil atravesó por el centro la cabeza del asesino.

Las balas de éste se perdieron en el vacío, una por la izquierda y otra por la derecha del joven.

Y al instante pareció formarse un espantoso tumulto en todos los rincones del *saloon*.

Nadie hacía caso de los disparos en la sala de bebidas, pero sí en aquel lugar reservado para los ricos y los poderosos de Tucson.

Kent sopló en los cañones de sus revólveres y los guardó. Se dirigió a una de las puertas, la que daba a los camerinos y estuvo a punto de tropezar con una muchacha que iba vestida de bailarina y que entreabrió los labios al verle.

—Eres un maleducado, Kent —susurró ella—. Acabas de estropearme la cita que yo tenía con ese hombre.

—¡Qué lástima! Si quieres que te busque un sustituto…

—Puedes serlo tú, Kent…

—Lo siento. Otro año. Adiós, paloma.

—Adiós, rey. Me debes una cita.

Kent salió a la calle por una puerta lateral que ya conocía. La bailarina se quedó contemplando el cadáver con esa indiferencia de las mujeres del Oeste, que estaban acostumbradas a ver muertos cada día y llegaron a aprender que una leve fracción de segundo es todo lo que separa la vida de la muerte.

Los cuatro hombres que estaban en la habitación privada, incluido Bliss, salieron precipitadamente y estuvieron a punto de volverse atrás, horrorizados, al ver el cadáver de Butler.

—Ha sido Kent Geodfrey —dijo la bailarina.

—¿Kent? ¿Y por dónde diablos ha huido?

Ella señaló una puerta del patio contraria a la que el joven había empleado para salir.

—¡Da la alarma! ¡Que los pistoleros del *saloon* se preparen! ¡Hay que acorralarle! Salieron los tres pistoleros, es decir, Reg, Perkins y Sowell, quedándose Bliss solo en mitad del patio, examinando el cuerpo caído por si aún podía hacer algo por él.

Sowell salió a la calle que estaba tras el *saloon*, y donde apenas había luz. Oía tan cerca el ruido de sus compinches buscando al fugitivo que no se dio cuenta de que había quedado momentáneamente solo. Con el revólver preparado husmeó entre la pila de sacos que había en un porche. Los gritos y las voces parecían alejarse. Intranquilo, se volvió para regresar junto a sus compañeros. De pronto una voz helada le detuvo.

—Guarda ese revólver, Sowell.

—Pero…

—He dicho que guardes ese revólver.

Sowell lo guardó. Había reconocido a Kent Geodfrey. El miedo le paralizaba la garganta.

—¿De dónde sales? —Logró balbucir.

—De lo más profundo del infierno, si eso te gusta.

Sowell retrocedió un paso. ¡Si lograra colocarse detrás de aquella pila de sacos que había en el porche…!

—¿Quién va a casarse con Linda Shelley? —preguntó Kent.

—No lo sé.

Era la misma respuesta de los otros. Debía ser verdad lo que

decían. Era imposible que se hubiesen puesto de acuerdo hasta tal extremo.

—¿Va a proporcionar esa mujer una auténtica fortuna a quien se case con ella?

—Supongo que sí…, pero ignoro de qué modo.

Un pensamiento estremecedor pasó entonces por el cerebro del joven.

—Ella está ciega y es muy bonita. ¿Crees que ese cerdo de Larsen se atreverá a…?

—Pues claro —dijo Sowell fieramente, comprendiendo que eso desmoralizaría a su enemigo—. ¡Menudo tipo es Larsen!

Se oyeron rechinar los dientes de Kent. Aquélla iba a ser su noche macabra, su maldita noche de sangre…

—¡«Saca»!

Sowell echó mano a sus revólveres con un instantáneo movimiento, pero no fue tan rápido como Kent a pesar de que éste le concedió ventaja.

Dos balas se alojaron en el centro del corazón de Sowell y una en el centro de su cabeza.

Inmediatamente se oyeron gritos. Kent se había delatado. Corrió, confundido entre las sombras, y comprendió entonces que le sería muy difícil, casi imposible, llegar hasta su caballo.

Los pistoleros salidos en tropel del *saloon The Sky* llenaban toda aquella zona.

En ese momento, mientras Kent pasaba junto a la puerta oscura de una de las casas, alguien susurró:

—Kent…

El joven se volvió. Vio a Mike Sommer. El mismo hombre que le había salvado de la horca entregándole un revólver y una botella de nitroglicerina.

—¿Qué hace usted aquí? —susurró—. ¿No se da cuenta de que ya se ha comprometido bastante?

La cara de Sommer resaltaba en la oscuridad como una máscara.

—Los está eliminando a todos, ¿eh?

—Era lo que merecían.

—Lo malo es que esta vez le va a ser muy difícil escapar. Ha sido demasiado atrevido llegando hasta el centro de Tucson.

—Eso es asunto mío.

—No podrá escapar, Kent. Y quisiera ayudarle porque de lo contrario habrá dejado sin concluir su trabajo.

—Odia mucho a esos tipos, ¿eh?

—Como a nadie en el mundo.

—No tanto como yo. Y ahora lárguese, Sommer. Todo el mundo viene hacia aquí. Dentro de un par de minutos será demasiado tarde.

—No, si yo le ayudo. Ésta es mi cuadra particular. Tengo aquí preparado y enganchado uno de mis carruajes.

—¿Y qué?

—Salga en él, con la capota puesta, y nadie sospechará. Mis carruajes y yo somos muy bien conocidos en Tucson.

—Comprendo.

Kent no tenía más remedio que aprovechar aquella oportunidad. Si no lo hacía así tendría que abrirse paso a tiros y herir a personas inocentes, cosa que le repugnaba. De modo que entró en la zona oscura donde estaba Sommer, montó en un carruaje que tenía la negra capota echada y salió tranquilamente con él.

Antes de llegar a la puerta, Sommer le dijo:

—Una cosa, Kent: no mate a Larsen.

—¿A él no? ¿Y por qué?

—Larsen está cambiando. En el fondo es un buen muchacho. Procure no acercarse a él y déjelo en paz.

Kent sólo contestó:

—Por el momento le haré caso.

Salió a la calle. Vio a varios hombres que pasaban corriendo en todas direcciones. Ni uno solo llegó a sospechar que el fugitivo estuviera oculto en el pomposo carruaje del banquero Sommer.

Kent, sin precipitarse, dio la vuelta a la esquina, puso entonces el caballo al trote suave y salió de la ciudad.

«No mate a Larsen».

Aún resonaban en sus oídos las extrañas palabras de Sommer.

Pero Kent, al salir de Tucson, se dirigió precisamente hacia el lugar donde Larsen estaba, hacia el rancho Siete Barras.

Porque si Larsen se había atrevido a tocar un solo pelo de la ropa de aquella muchacha ciega… ¡le mataría! ¡Le cribaría el cuerpo cien veces! ¡Lo desharía a balazos!

CAPÍTULO X

EL SIETE BARRAS

A una milla de los límites del rancho Siete Barras, Kent detuvo el trote del caballo, desenganchó el carruaje y, una vez libre el animal, le dio una palmada en las ancas para que volviese a Tucson.

En cuanto al vehículo, ya lo encontrarían al día siguiente. No era fácil que nadie se lo llevase de allí.

Con las mismas precauciones que antes, el joven se acercó al cuerpo de edificios del rancho. No se apreciaba ningún movimiento por allí, lo cual indicaba que Larsen y la muchacha se hallaban solos. Kent utilizó la misma ventana y pasó sin dificultades a la habitación donde se encontraba Linda Shelley.

Ahora la muchacha no se encontraba sentada en la butaca, sino que estaba de pie. La perfección maravillosa de su figura se apreciaba en este momento con más detalle, con mayor nitidez. Kent tuvo la sensación de que nunca había visto una mujer así, y precisamente por eso decidió apartarse de ella. Una vez eliminados los asesinos que la amenazaban, no volvería a verla más.

Ella se volvió hacia la puerta. Sus ojos sin vida se clavaron en la figura del joven. A no ser por la inmovilidad espantosa de aquellos ojos, Kent hubiese dicho que le estaban mirando.

—Usted es el mismo que ha estado antes en esta habitación, ¿verdad? —preguntó inesperadamente ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su modo silencioso de andar. Ha entrado antes y me ha mirado. Ninguna persona hubiese advertido que alguien acababa de entrar en la habitación a no ser una ciega. Los ciegos tenemos un

sentido especial que nos advierte la presencia y la actitud de las otras personas. Incluso, sin verlas, sabemos si éstas son amigas o enemigas.

—¿Y cómo me juzga a mí?

—Como un amigo.

Kent sintió como una extraña y dulce sensación de calor en el corazón.

—¿Por qué?

—Porque si no fuera un amigo no se hubiese arriesgado a llegar hasta aquí.

—¿Sabe por lo tanto que está prisionera?

El delicioso rostro de la muchacha dibujó un mohín de extrañeza.

—¿Prisionera? No me muevo de aquí porque estoy ciega, pero si quisiera salir nadie me lo impediría.

—Usted misma se contradice, Linda Shelley —dijo con voz suave él—. Si me admite como amigo es porque *sabe* que necesita ayuda.

—La única ayuda que necesito se refiere a mi prometido Ben Reynols. Ya debería estar aquí. Temo que le haya ocurrido algo. Siempre he supuesto que usted le conocía y que quería decirme algo de él sin que se enterase nadie.

Kent se mordió los labios. Ya estaba aclarada la actitud de la muchacha. Ella no se había dado cuenta aún de que en realidad estaba prisionera y de que Bliss la iba dejando más ciega cada vez. Sólo le extrañaba no haber recibido todavía noticias de Ben Reynols y creía que Kent era un amigo de éste.

¿Cómo decirle que había visto su cadáver pocas horas antes?

—Supongo que Ben llegará de un momento a otro, —dijo para no intranquilizarla—. ¿Hace mucho que no se ven?

—Más de cuatro años.

—¿Y… le quería usted mucho? —Kent tuvo que morderse los labios antes de hacer esa pregunta.

—Era un buen muchacho, pero casi puede decirse que me caso con él por obligación.

—¿Por obligación?

La muchacha, a pesar de su ceguera, sonrió dulcemente y pareció como si se iluminaran sus ojos.

—No tome esta palabra en su estricto sentido. Quiero decir que

no nos hemos visto apenas y por consiguiente no hemos tenido tiempo para amarnos.

—¿Y por qué se casa con él?

—Mi ceguera me ha impedido conocer a otros hombres, y sabiendo cómo es Ben, es lógico que lo prefiera a cualquier otro a quien nunca he visto. Además, está el deseo de su padre.

—¿Qué tiene que ver con todo esto el padre de Ben?

—Ya veo que él le ha explicado muy pocas cosas. Claro, ¡es tan reservado! El padre de Ben me tenía una gran simpatía y siempre había deseado que su hijo se casase conmigo. A causa de ello, al morir hace unos meses, me instituyó su única heredera, y dijo a Ben: «Si quieres también ser heredero, cásate con ella. Sé que ella accederá y así podré saber cumplidas mis dos ilusiones: que os caséis y podáis disfrutar juntos el dinero que os dejo».

—Parece entonces como si ese matrimonio fuera una simple cuestión de intereses —susurró Kent.

—No lo crea. Ben Reynols y yo estábamos prometidos oficialmente desde mucho tiempo antes, y además el dinero que haya podido dejar su padre no vale la pena. Creo que son cinco o seis mil dólares.

—¿A qué se dedicaba el padre de Ben?

—Tenía unos pequeños terrenos en Tulsa. Nada de importancia.

Kent se estremeció. ¡Tulsa, el lugar donde se estaban descubriendo nuevos pozos de petróleo continuamente! ¡Donde cada palmo de terreno valía tanto como si estuviese relleno de oro!

—¿Cómo sabe que se trataba de cinco o seis mil dólares? —preguntó.

—Me escribió un notario.

—Pero usted no pudo leer la carta… ¿Quién se la leyó?

—Perkins, mi capataz.

—¿Qué ha sido de ese hombre? —preguntó.

—Se marchó, como todos, y no he vuelto a saber de él.

El joven veía ahora la jugada de aquellos miserables con toda claridad. Una pobre muchacha sola y ciega en un rancho que se va empobreciendo cada día más. El capataz es un granuja que colabora en los crímenes del pistolero Larsen. Ya pensaba en marcharse de aquellas tierras empobrecidas, como todo el mundo, cuando de pronto se recibe una carta. Él la abre para leerla como hace con

todas las de la muchacha. Pero ¿qué significa esto? ¿Que la han nombrado heredera de una auténtica fortuna? —Kent calculó que debía tratarse de varios millones de dólares—. ¡Es necesario que Larsen lo sepa y que Linda no lo sospeche siquiera! Le lee la carta, le dice que se trata sólo de cinco o seis mil dólares y acto seguido se pone en contacto con el pistolero. La muchacha está ciega y no ha visto desde hace varios años a su prometido. Si matan a éste apenas llegue y se hacen pasar por él (por ejemplo Larsen puede hacer este papel magníficamente), la fortuna pasará a sus manos.

Kent se detuvo un instante en sus amargas reflexiones para mirar a la muchacha, que estaba quieta frente a él. Linda Shelley le dio más pena que nunca y con más fuerza que nunca se juró que llevaría aquel asunto hasta el fin. En seguida los pensamientos volvieron a acudir a su cerebro.

Una vez informado Larsen, haría que su cómplice Perkins cayera en una emboscada y poco después lo ahorcaban. Luego ya sólo necesitaba explotar bien lo que sabía. En Tucson había un grupo de desalmados que preparaban el ambiente, mediante atentados y crímenes, para las próximas elecciones. Ellos serían una buena ayuda, si le prometían resolverlo todo para que Larsen fuese oficialmente perdonado, obtuviera un cargo público y una buena participación en el «negocio». Les explica su plan y todos se ponen a actuar.

Pero ¿quién era el que había de casarse con Linda Shelley? ¿Para quién trabajaban todos aquellos granujas?

Linda iba a proporcionarles, sin saberlo, el dinero que necesitaban para la campaña electoral. Pero ¿en beneficio de quién?

Esto era algo que Kent no sabía aún.

—Está muy callado —musitó Linda—. ¿Qué le ocurre?

—¡Oh, nada! Pensaba en lo extraña que resulta esta situación.

—Puede que a usted se lo parezca, pero yo estoy acostumbrada a distinguir las personas por su voz… y por el tacto de mis dedos.

Kent guardó silencio otra vez. Ella musitó:

—Acérquese.

El pistolero implacable, el que consideraba a sus enemigos como simples figuras para tiro al blanco, se acercó unos pasos tímidamente. Por primera vez en su vida se sentía confundido. Por primera vez en su existencia le faltaba la serenidad.

Ella, muy suavemente, pasó sus dedos por el contorno poderoso de su pecho.

—Debes ser un verdadero gigante… —musitó.

Kent sólo supo contestar:

—Aléjate de mí, muchacha.

—¿Por qué?

—Las pocas mujeres que ha habido en mi vida han terminado muertas trágicamente. No quiero que contigo suceda lo mismo.

Ella le pasaba ahora delicadamente los dedos por el rostro.

—Debes ser muy joven…

—Veintiséis años.

—Y muy guapo.

—Jamás me he preocupado de saber si lo era.

—Tus facciones son muy correctas y parecen reflejar una gran nobleza. ¿Cómo te llamas?

—Kent Geodfrey.

—Oí hablar de un pistolero que llevaba ese nombre. Un pistolero que mató a nueve asesinos para vengar a una sola mujer.

—No me alegra recordar eso.

Se alejó de la muchacha. No quería que por entrar en su ambiente de violencia también acabara como las otras. ¡No quería!

—¿Por qué te alejaste? —susurró Linda Shelley.

—No va bien para la salud el conocerme demasiado. Será mejor que no hables a nadie de esta entrevista. Mañana volveré.

—¡Mañana! ¿Te das cuenta de que eres la única persona con la que he hablado en mucho tiempo? A mi lado sólo están Larsen y el doctor Bliss, que siempre me atormenta…

—Bliss… —pronunció Kent rencorosamente.

—Hace tiempo que Bliss me dice que mañana será un día decisivo para mí —musitó ella.

«Sí, mañana se asegurará de que te ha dejado ciega definitivamente», pensó Kent, quien en seguida dijo en voz alta:

—Mañana volveré, muchacha.

Salió de la habitación, dejando a Linda Shelley más extrañada y confusa que nunca. Una vez en el exterior intentó ver si Larsen había tenido alguna posibilidad de espiarles. Pero no. En el otro edificio, a través de los cristales de una ventana, vio al pistolero durmiendo a pierna suelta, bien seguro de que Linda, una

muchacha ciega, no podría alejarse de allí.

Kent se alejó en dirección a lo más intrincado de las colinas rocosas y durmió allí aquella noche, sin ni siquiera desatarse los cintos de los revólveres.

* * *

Durante la mañana siguiente estuvo viendo cómo Larsen, en la llanura que había frente a los edificios del rancho, hacía continuos ejercicios de tiro.

Larsen «sacaba» y hacía fuego velozmente contra una silueta que le servía de blanco, acertando siempre. Luego hacía ejercicios de rapidez de tiro enviando por los aires a una lata, de un balazo, y no dejando con sus disparos fantásticamente rápidos que llegara a caer al suelo nuevamente.

Kent se dio cuenta de que Larsen sería un enemigo peligroso. Y eso mismo hizo que ardiera en deseos de enfrentarse cuanto antes con él.

Pero Larsen, por el momento, al vigilar a la muchacha, se preocupaba también de que a ésta no le ocurriese nada. Y por el momento a Kent le convenía que las cosas siguieran así.

Cazó un par de aves por el camino y se preparó una respetable comida con que reponer fuerzas. Luego fue a Tucson.

Como llevaba el sombrero sobre los ojos e iba por calles poco concurridas, nadie le reconoció por el momento.

Fue al lugar donde había dejado la noche antes su caballo y no lo encontró. Alguien lo había robado, o lo habrían llevado tal vez a una cuadra pública.

Y Kent ya se disponía a alejarse de aquel lugar cuando alguien dijo a su espalda:

—Quieto.

Kent tuvo un estremecimiento involuntario. Acababa de reconocer la voz del *sheriff*.

CAPÍTULO XI

LOS ÚLTIMOS COBARDES

Kent no intentó ni siquiera tocar las armas. Sabía que el *sheriff* empuñaba ya un revólver.

—Estaba seguro de que volverías por aquí —dijo el representante de la ley—. *Olvidaste* anoche tu caballo, y yo sé que amas a los animales. Sólo ha sido necesario tener un poco de paciencia hasta que regresases para ocuparte de él. Vuélvete.

El joven se volvió, y tuvo una de las sorpresas más violentas de su vida al ver que el *sheriff* no empuñaba ningún arma.

—Me cree usted demasiado inofensivo —dijo Kent—. No se arriesgue conmigo, *sheriff*.

—No vengo a detenerte ahora. Todo a su tiempo.

—¿Pues qué quiere?

—Somos como dos enemigos que firman una tregua para parlamentar. No intentes nada contra mí y yo no intentaré nada contra ti durante un par de horas. Necesito hacerte un par de preguntas.

—Venga la primera.

—¿Por qué persigues a esos tipos?

—Porque ellos ahorcaron a Sheila.

—Ellos dicen que fuiste tú.

—Y usted no les cree. Si les creyera no hablaría de ese modo ni estaría conmigo ahora.

El *sheriff* movió la cabeza dubitativamente.

—Diablos, no les creo. ¡Naturalmente que no les creo! Pero tú tampoco me inspiras demasiada confianza y ha llegado un momento

en que no sé qué pensar.

—Se ha dado cuenta de que son una pandilla de granujas, ¿no es así?

—Esta mañana los dos que quedan vivos, es decir Reg y Perkins, han asesinado a un hombre.

—¿Y por qué no les ha detenido?

—No tengo testigos y además están haciendo propaganda electoral. No sé si te das cuenta de lo que eso significa. Si yo les detuviera dirían que es una maniobra y que estoy pagado por los políticos del otro bando.

—¿Para quién están haciendo propaganda electoral? ¿Para ellos mismos?

—No, y eso es lo que más me llama la atención. Dicen que ellos representan a los ciudadanos honrados de Tucson puesto que han trabajado siempre para bien de la ciudad, como lo prueba que pronto darán el nombre de alguien que aún es más honrado que ellos y por el que hay que votar. De este modo tienen interesada a la gente. Conseguirán lo que quieran porque desde hace días la mayor parte de los ciudadanos de Tucson les han prometido sus votos. Gastan el dinero a raudales y han prometido que gastarán mucho más aún.

«Cuando consigan el de Linda Shelley», pensó Kent.

—¿No sospecha para quién trabajan?

—Aún no. Y confieso que yo mismo estoy tan interesado como la gente que les oye hablar.

—¿Presenta su candidatura el actual gobernador?

—Está muy desanimado desde… que ocurrió lo de su hija.

—Aconséjele que se presente también como candidato. Esos tipos y el hombre que los paga… morirán antes de mañana.

—Precisamente de eso quería hablarte, Kent. Esos hombres son poderosos. Tienen muchos partidarios en Phoenix y en Tucson, las dos ciudades más importantes de Arizona. Más vale que te olvides de ellos, te largues a otro Estado y no nos des más preocupaciones.

—Tienen partidarios porque han engañado a todo el mundo. Pero no engañarán a nadie más cuando sean un grupo de cadáveres.

—Voy a hablar con el juez y le pediré que modifique la sentencia diciendo que siempre obraste en duelo legal, Kent. Puede hacerlo, con sólo mi declaración, y su conciencia estará más

tranquila en cuanto lo haga, puesto que es la verdad. Con ello tú quedarás libre de culpa, Kent Geodfrey, pero a cambio tienes que prometerme que marcharás de Arizona, o al menos que saldrás de los límites de este condado.

—No haga nada en mi favor, *sheriff*, porque tampoco puedo hacerle esa promesa. Mataré a Reg, a Perkins, a Larsen y al hombre que los paga.

El de la estrella lanzó un bufido y una maldición por lo bajo, se dio cuenta de que era inútil seguir hablando con aquel testarudo y, dando media vuelta, se alejó de allí.

Pero al pasar por delante del juzgado, entró para hablar con el juez del caso de Kent Geodfrey. Habían tenido que condenarle para satisfacer a determinados elementos de la ciudad, pero todos sabían que aquéllos a los que Kent eliminó merecían cien veces la muerte. Quizá convendría revisar ahora su sentencia.

Estuvo hablando con el juez durante varias horas, hasta que anocheció. Y al terminar aquella conversación se había dictado una nueva sentencia en la que se decía que no había indicios de culpabilidad contra Kent Geodfrey.

Cuando el *sheriff* salió de allí se sentía más tranquilo y como si se hubiese quitado un verdadero peso de encima. Pero pronto iba a comprobar que uno no podía hacer lo que quería en una ciudad como Tucson.

Al llegar a la próxima esquina, en una de las zonas más oscuras de la ciudad, algo duro se clavó en sus riñones.

—Quieto.

El *sheriff* reconoció la voz de Perkins.

—¿Qué le ocurre ahora?

—Ha estado usted hablando con el juez, *sheriff*. Y por la ventana he oído parte de la conversación.

—Ése no es asunto suyo.

—Lo es. Un tipo como Kent Geodfrey no puede quedar libre.

—Porque ha dicho que limpiará la ciudad, ¿no?

El cañón se clavó materialmente en la espalda del representante de la ley.

—¡Maldito sea, *sheriff*!

—Dígalo de una vez, Perkins. ¿Qué pretende?

—Eliminarle. Reg ha ido ya a eliminar al juez y a destruir esa

nueva sentencia.

El *sheriff* fue a revolverse, aun sabiendo que ya era demasiado tarde, y en este momento Perkins cerró el dedo sobre el gatillo y se oyó un disparo.

Perkins lanzó un grito cuando el cañón de su arma saltó hecho astillas sin que la bala le arrancara a él una sola brizna de piel.

Kent dio entonces unos pasos, saliendo de una zona de sombra, mientras hacía oscilar indolentemente el revólver en su mano derecha.

—Mala suerte, ¿eh, Perkins?

El pistolero hizo una extraña pirueta para esconderse entre las sombras y llevó la mano izquierda a la funda pistolera de aquel lado.

Efectivamente llegó a la zona de sombras. Pero cuando llegó allí ya estaba muerto. Kent le había vaciado la cabeza de dos disparos consecutivos.

Kent echó entonces a correr, rápido y silencioso como un gato. El *sheriff* gritó:

—¡Eh, Geodfrey!

Pero ya el joven se había alejado de su vista.

Reg desenfundó el revólver y lo apoyó suavemente en el cristal de la ventana. Desde allí veía con tanta claridad la espalda del juez que matarlo sería un juego de niños. Sonrió, contuvo la respiración para que el pulso fuera más firme y se dispuso a apretar el gatillo. En aquel momento una voz a su espalda musitó:

—Vuélvete, Reg.

Reg sintió como un escalofrío en lo más hondo de sus nervios. ¡Kent Geodfrey! ¡Kent estaba allí!

Inmediatamente soltó el revólver y cayó de rodillas, mientras una expresión de pánico invencible se apoderaba de su rostro.

—¡No dispares! ¡Confesaré lo que quieras, Kent! ¡Diré quién es el que nos paga! ¡Diré todo lo que quieras saber, pero no dispares!

Los labios de Kent dibujaron una mueca de hastío.

—¡Eres tan cobarde como Hastings!

—Pero sé más que él. Yo puedo serte útil, ¿comprendes? ¡Puedo serte muy útil!

Se arrastraba a sus pies gimoteando y llorando, como poseído por el más horrible pánico.

Kent guardó el revólver. Le daba asco emplear un arma de fuego contra individuos así.

Y ése fue el momento que aprovechó Reg para cometer su villanía.

Mientras se arrastraba a los pies de Kent, sin tener las manos visibles, desenfundó con un rapidísimo movimiento su revólver izquierdo, se colocó panza arriba e hizo fuego dos veces.

La primera bala pasó alta, pero la segunda se clavó en el pecho de Kent haciéndole encogerse.

Reg lanzó un alarido de triunfo y se dispuso a disparar otra vez.

Pero Kent, apretando una sola vez el gatillo a través de la funda, le hizo volar el arma de la mano.

Reg gimoteó otra vez.

—¡No te atreverás! ¡No te atre…!

Calló cuando las balas empezaron a destrozar su cráneo.

Kent tenía seis balas en el tambor del revólver izquierdo. Disparó seis veces.

Y sólo cuando el cuerpo de Reg ya fue algo irreconocible vaciló, llevándose la mano derecha al pecho, que sangraba.

El *sheriff* llegó en ese momento, mientras el juez abría la ventana. Éste fue el primero en preguntar:

—¿Qué ha ocurrido?

—Que Geodfrey le ha salvado la vida —gruñó el *sheriff*—. Nada más que eso.

Se llevó al joven, que vacilaba visiblemente.

—Me gustaría que le visitara el doctor Bliss, que es muy buen médico —dijo—, pero sé que ha ido al rancho Siete Barras.

—¿Otra vez? —preguntó Kent, visiblemente alterado.

—¿Es que estás enterado de que visita a aquella ciega?

—¡Cielos! ¡La destrozará del todo! ¡He de ir allí inmediatamente! ¡Déjeme! ¡He de ir allí ahora mismo!

Su esfuerzo fue tan grande que incluso logró despegarse del *sheriff* y caminar unos pasos, pero en seguida sus rodillas vacilaron y cayó a tierra.

El *sheriff* lo levantó otra vez.

—Estás perdiendo mucha sangre, Kent. Hace falta que te cuide un médico en seguida.

—¡Déjeme en paz!

Pero eran inútiles sus protestas. No tenía ya fuerzas para resistir. El *sheriff* le llevó a casa del doctor Ziegel, y allí Kent perdió el sentido.

Al recuperarlo lo primero que sintió fue una violenta náusea. Luego se fijó en dos cosas: La primera que estaba a medio vestir sobre una cama, con parte del pecho vendado, y la segunda que por una de las ventanas de la habitación ya entraba la luz del día.

¡Había pasado una noche entera desde que él exterminó a Perkins y a Reg! ¡Una noche entera durante la cual Linda Shelley podía haber corrido mil diabólicos peligros!

Por la animación de la ciudad calculó que era ya casi media mañana. De modo que se levantó a pesar de que apenas se tenía en pie, se vistió, ciñó los revólveres que estaban en una percha junto con su camisa y se descolgó por la ventana, que daba al jardín de la casa.

La cabeza le daba vueltas, pero consiguió llegar hasta la cuadra pública donde sabía que el *sheriff* guardaba siempre los caballos. El suyo estaba allí. Lo montó y salió sin que el vigilante, que ya debía estar enterado del cambio de la situación, le pusiera dificultades.

Trotó en dirección al rancho Siete Barras.

Sabía que sólo iba a poder emplear el revólver izquierdo cuando se jugase la vida a cara o cruz poco más tarde. No podía mover el brazo derecho. Tampoco podía mantener el pulso firme ni asentar bien las piernas en el suelo, que es lo mínimo que todo pistolero necesita para triunfar.

Cuando llegó al Siete Barras advirtió en seguida que había allí una inusitada animación.

A la luz del sol, en el patio central, eran visibles tres caballos ensillados. Esto no hubiese significado mucho en un rancho cualquiera, pero sí en una especie de cementerio como era el Siete Barras. Kent adivinó que había llegado el momento decisivo para Linda Shelley.

Kent desmontó a poca distancia y se acercó a la casa. Dos veces le fallaron las rodillas y dos veces, apretando los dientes, se irguió de nuevo. Atravesó la puerta principal, que estaba abierta. También estaban abiertas las otras puertas del edificio. Y dos habitaciones más allá vio Kent Geodfrey una escena que le heló la sangre en las venas.

La habitación donde iba a tener lugar la ceremonia era el antiguo gran salón del rancho. Estaban allí, en calidad de testigos, Larsen y un individuo pequeño y encorvado a quien Kent recordaba como un maleante habitual en Tucson. Frente a ellos, un pastor protestante con el libro de ceremonias abierto. Y entre los testigos, frente al pastor también, estaba Linda Shelley, más hermosa que nunca…, y un hombre.

El hombre que iba a casarse con ella.

Rechinaron los dientes de Kent.

¡Porque aquel hombre era Mike Sommer!

—Ben Reynols —preguntó el pastor—. ¿Está usted dispuesto a contraer matrimonio con la señorita Linda Shelley, aquí presente?

—Sí, y estos dos caballeros que actúan de testigos garantizan mi identidad, ya que desgraciadamente mi prometida no puede verme.

—Pero te he reconocido por el tacto —susurró Linda—. No puede haber confusión.

Otra vez rechinaron los dientes de Kent. Pero ¿era posible que ella se engañara de aquel modo? ¿Hasta tal punto fallaba la memoria de la pobre ciega? Claro que, si uno se fijaba detalladamente en Sommer, sus líneas faciales no eran muy distintas de las del asesinado Ben Reynols, aunque su aspecto exterior fuera diferente. Pero se explicaba que al cabo de varios años hubieran podido equivocarse los dedos de una ciega.

Allí, quieto, sin que nadie le hubiera visto aún, Kent meditó en la maniobra de aquel miserable. Una vez casado con Linda, bajo el falso nombre de Ben Reynols, se convertiría legalmente en el heredero de ésta. De modo que era de sospechar que a Linda le quedaban muy pocos días de vida a partir de entonces.

Kent comprendía ahora por qué Sommer había ayudado a dejarle libre. De todos sus antiguos colaboradores sólo necesitaba a Larsen, el que vigilaba a la muchacha, y por eso le había pedido la noche anterior que no lo matase. Los otros se habían vuelto peligrosos y molestos. Ya sólo servirían para quitarle dinero a la hora de repartir. Y Sommer necesitaba eliminarlos *pero por* medio de otro. ¡Por medio de otro hombre que calculaba caería acribillado antes de haberlos matado a los seis!

Y ahora se dio cuenta Kent Geodfrey de cuán ciertos eran los rumores que poco antes habían circulado por Tucson. Que Sommer

ya no tenía un dólar, que su Banco estaba al borde de la quiebra… ¡Por eso, para salvarse y financiar la campaña electoral necesitaba tan desesperadamente el dinero de Linda Shelley! ¡Él era el hombre todavía ignorado a cuyo favor hacían propaganda los demás!

Pero ahora había llegado el fin de la comedia. ¡Ahora terminaría todo, aunque Kent terminase también con su propia vida!

Avanzó dos pasos. Sus espuelas rechinaron en el silencio de la habitación. Todos se volvieron, mortalmente pálidos.

Larsen aulló:

—¡Kent Geodfrey!

Linda Shelley tenía también los ojos vueltos hacia él, pero esos ojos, como siempre, no se movían.

Hubo un instante de angustioso silencio. Podían contarse los segundos de un lejano reloj de chimenea. Kent sentía el flujo de su propia sangre, que empezaba a brotar otra vez de la herida.

El primero en asustarse de verdad fue el pastor protestante. Paso a paso retrocedió, muy pálido, sin dejar de contemplar la escena, y cuando llegó a la puerta que había al fondo desapareció por ella. Aquel hombre no era de Tucson y sin duda no conocía a Sommer, a Larsen ni a Kent —razón por la cual Sommer le había elegido para la boda—, pero adivinaba lo que allí iba a ocurrir y había preferido ponerse a salvo.

El individuo pequeño y encorvado fue el primero en moverse. Resultó incluso más rápido que Larsen, sin duda porque quería hacer méritos ante su jefe. Extrajo un revólver chato de su funda sobaquera mientras Larsen desenfundaba el «Colt».

Una sonrisa seca y siniestra se había formado en los labios de Kent Geodfrey.

Sabía que iba a morir, pero no importaba. Tres hombres le precederían aullando en el camino de la tumba.

Movió el brazo izquierdo y sacó su «Colt» también, al mismo tiempo que sus dos enemigos.

Los tres revólveres se situaron a la vez en línea de tiro, pero Kent fue más veloz apretando el gatillo.

Dos balas partieron instantáneamente del cañón de su «Colt». El tipejo que había «sacado» primero recibió el proyectil en el cuello, partiéndole en dos su yugular, y Larsen en el centro del corazón.

Pero Larsen, diabólico pistolero hasta el fin, logró aún apretar el

gatillo en el momento en que moría.

La bala rozó la cabeza de Kent. La rozó tan sólo, pero la sensación de vértigo fue tan intensa que el joven cayó a tierra.

No podía moverse ya. El revólver resbaló de entre sus dedos.

Mike Sommer, lentamente, como recreándose en el gesto, sacó de su funda sobaquera un revólver adornado en plata. Su enemigo estaba tan indefenso como un niño atado de pies y manos. Sommer se acercó a él y le apuntó al centro de la cabeza. Acarició el gatillo.

—Todo termina de una vez, Kent —sonrió.

Ya sólo le faltaba mover un poco el dedo índice. Su sonrisa se acentuó. Iba a disparar cuando…

—No te muevas o te abraso.

Mike Sommer cerró la boca con tal fuerza que se oyó en la sala el chasquido de sus mandíbulas.

Se volvió. Linda Shelley le apuntaba con el «Colt» que poco antes había pertenecido a Larsen.

—Pero…, ¡pero si tú no puedes ver! Si tú…

—¡Suelta ese revólver!

Mike intentó disparar contra la joven, pero ésta apretó el gatillo una vez y le atravesó el corazón. Dos veces y le perfiló la cabeza. Tres veces y le voló la mandíbula. Cuatro veces…

Cinco veces…

Kent Geodfrey no podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

Cuando Mike Sommer cayó a tierra, el joven musitó:

—Pero ¿cómo es posible? ¿Es que… le has visto?

Ella sonrió. ¡Y su sonrisa, y sus ojos, le parecieron a Kent más maravillosos que nunca!

—El doctor Bliss ha engañado a esos bandidos —explicó—. Ellos le contrataron para que me dejara ciega sin remedio y él me ha ido curando. Ayer…, ayer vi por primera vez desde hacía varios años. Pero me suplicó, en un instante de distracción de Larsen, que no dijese nada. Y hoy, aunque me había dado perfecta cuenta de que este hombre no era Ben Reynols, sino su asesino, he querido disimular hasta el fin para saber adónde quería llegar. Cuando de pronto has aparecido tú…

Kent se llevó una mano a la dolorida cabeza.

—¡Diablos! ¡Y yo que quería ajustarle las cuentas a Bliss!

Ella le ayudó a ponerse en pie. Tenía un aroma dulce, obsesionante, que en seguida embargó los sentidos de Kent Geodfrey.

—Creo que tú y yo vamos a ser excelentes amigos… —susurró él—, si renuncias a esa fortuna que te ha correspondido.

Y ella, mirándole a los ojos, contestó:

—De acuerdo. Habrá mil personas que la necesiten más que yo. ¿Para qué va a hacerme falta una fortuna cuando me case con el hombre más valiente de Tucson?

FIN